VAN S. SMITH

EL DIA QUE DESCUBRIMOS LA TIERRA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Van S. Smith

EL DIA QUE DESCUBRIMOS LA TIERRA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL. V. 1834.-62.
RGTRO. NUM.: 2901-62

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.-VALENCIA


El día que descubrimos
La Tierra
por
VAN S. SMITH

CAPÍTULO I

El viaje había sido largo, y no puede decirse que fuera extenuante porque para nosotros el cansancio no existe, al menos en la forma en que los hombres lo interpretan. Pero también las máquinas se cansan a su manera.

Largos milenios de azaroso errar por la inmensidad del Universo infinito habían sometido a nuestra cosmonave a un desgaste que rozaba los límites de la extenuación. Las reservas de uranio que alimentan las pilas atómicas, las que produciendo electricidad son a modo de nuestro sustento y la fuerza que nos permite impulsar y dirigir nuestra cosmonave, estaban tocando a su fin.

Todavía en peor estado se encontraban nuestras reservas de aceite lubricante, sin el cual nuestras maravillosas máquinas se recalentarían, se agarrotarían y no podrían funcionar.

Al solo fin de economizar uranio y aceite, la mayoría de las máquinas habíamos sido retiradas y, cuidadosamente aceitadas y protegidas contra la herrumbre, ocupábamos ordenadamente los grandes almacenes, durmiendo el sueño que suelen dormir las máquinas cuando están paradas, y que en nosotros es lo más parecido a la muerte.

Sin embargo una máquina no está nunca completamente muerta mientras esté en uso y, cuidadosamente conservada, puede echar a andar al oprimirse un interruptor...

Pero antes de seguir adelante estoy en la obligación de aclarar algunos puntos para evitar la confusión del lector.

Soy un robot.

Como exponente de una supercivilización que se desarrolló en un remoto planeta afín a la Tierra, hace un millón de años, soy lo más parecido al hombre que el hombre ha creado.

No tengo nombre. Sin embargo, como de alguna forma hay que llamar a un robot, tengo una serie y un número: V-3808. La serie es como si dijéramos mi nombre, y mi número es mi apellido. Ningún robot se llama igual que yo.

Me describiré.

Exteriormente soy como todos los robots de mi serie, los cuales difieren en sólo algunos detalles de las otras series anteriores a la nuestra. Puede decirse que soy un robot joven, de los últimos que se fabricaron antes que nuestra cosmonave emprendiera ese largo viaje, que por azar había de venir a terminar felizmente en el Reino del Sol.

Los robots tenemos nuestro propio idioma, así como nuestra escritura, de los que nos dotaron los hombres que nos inventaron. Y también nuestro

sistema de medidas, de peso y de numeración. Sin embargo, para hacerme entender de ustedes, utilizaré en adelante sus sistemas de medidas, inclusive su peculiar forma de hablar.

Traducida a metros, mi estatura es de 2'75 metros, y no soy de los robots más grandes. Para ustedes, los habitantes de la Tierra, somos una raza de gigantes.

Por razón de estética, aunque pudieron habernos hecho de otra forma muy distinta, los hombres nos hicieron lo más parecido a ellos que puede ser un robot. Quiero decir con esto que tengo una cabeza sobre un cuello, y en esta cabeza, en su lugar correspondiente, dos ojos, dos oídos y una boca. Los ojos, los oídos y la boca de un robot, no son iguales que los de las personas, pero cumplen las mismas misiones que aquéllos.

En lo que se refiere a la boca, ésta es una simple rejilla que protege el altavoz por el cual hablamos. Los ojos, grandes y rectangulares, son en un robot sendas pantallitas formadas por millares de células fotoeléctricas de selenio, las cuales, al ser impresionadas por la luz, forman una imagen de los objetos que vemos en nuestro cerebro electrónico.

No tengo un rostro propiamente dicho, y considero que fue una muestra del buen juicio de nuestros creadores no dotarnos de ello. En otro tiempo, los primitivos robots tenían una mascarilla de materia plástica que reproducía los rasgos faciales comunes a una persona. Pero resultó que esas caras se parecían demasiado unas a otras. Y luego, había algo de horrible en esas mascarillas inexpresivas, como si se tratara de una legión de cadáveres moviéndose con la rigidez de movimientos que caracterizaba a los primeros y toscos robots cuando éstos iban montados sobre dos piernas.

En la actualidad, todavía tenemos dos brazos articulados a los hombros, pero las piernas fueron suprimidas muchas series de robots anteriores a la mía. No eran prácticas y convertían al robot en una máquina demasiado complicada, y tan lenta casi como un ser humano.

Ahora, los modernos robots vamos montados sobre una sola rueda grande, provista de una llanta de caucho como las que hemos visto utilizar a los automóviles terrestres.

Así pues, conservando de cintura arriba las formas familiares del ser humano, de cintura abajo nuestra carrocería se estrecha por los lados y se alarga adelante y atrás formando un sólido guardafangos dentro del cual gira la llanta silenciosamente. Los terrestres nos calificaron de monstruos y encontraron horrible nuestro aspecto al vernos la primera vez. Sin embargo, constituye también un bello espectáculo el de un robot que, rodando suave y silenciosamente sobre su llanta de goma, se inclina graciosamente al tomar una curva y echa su cuerpo atrás, doblándolo por la cintura, cuando arranca a la carrera venciendo la fuerza de inercia. El ser humano es sin disputa superior a nosotros en muchas cosas. Pero ninguna máquina más

parecida al hombre mismo posee la agilidad, la eficiencia, la robustez y la capacidad de sustituir al hombre mismo en aquellas tareas y empresas para los cuales éste es demasiado débil.

Mi carrocería, al igual que la de todos los robots, es de acero inoxidable, el cual uno mismo se preocupa de mantener aceitada y brillante a fin de preservarle de la corrupción. Cada robot lleva en el pecho y la espalda su letra de serie y su número correspondiente.

Ahora que he hablado de mi aspecto exterior, no estaría mal añadir unas palabras sobre el intrincado mecanismo que ocupa hasta el último centímetro cúbico del espacio que hay entre las planchas de acero de mi carrocería. Para no hacerme fatigoso, describiré a grandes rasgos cómo funcionamos.

En primer lugar, ningún robot es enteramente independiente. Todos, exclusivamente todos, dependemos de las ondas de energía eléctrica que nos permiten no sólo movernos, sino hablar, ver, oír y hasta razonar.

Hasta que nuestros hombres no inventaron la forma de propagar las ondas energéticas, de igual forma que hasta entonces habían estado haciendo propagar las ondas "Hertzianas", no fue posible construir el robot enteramente autónomo. Dicho en pocas palabras, se trata de una emisora que, a diferencia de las emisoras de radio, emite ondas de electricidad que nosotros recogemos en nuestros aparatos receptores y utilizamos, si se me permite el símil, de igual forma que el hombre humano utiliza el oxígeno para su respiración.

La electricidad, que recibimos por este sistema inalámbrico, sirve para hacer funcionar todas las partes de nuestro complicado mecanismo. Este mecanismo puede dividirse en dos grandes grupos. El primero de ellos, es puramente mecánico, y sirve para mover nuestra rueda, trasladándonos de un lugar a otro, así como para mover nuestros brazos, y ejecutar, en fin, cualquier clase de trabajo mecánico.

La segunda parte corresponde a la electrónica pura. Mediante nuestro cerebro electrónico, un robot puede recibir, analizar e interpretar las sensaciones que ve. Sabemos que el hombre posee además otros sentidos, como el gusto, el olfato y el tacto, pero nunca nos dotaron de ellos.

A diferencia de todos los robots que los hombres habían construido hasta entonces, cuya única finalidad consistía en resolver complicadas operaciones aritméticas y vigilar a otras máquinas en sus grandes fábricas, nosotros, los robots "hombres", fuimos creados para sustituir al hombre en aquellas tareas que para el Hombre constituyen un trabajo penoso o un riesgo.

Los hombres nos hicieron para servirles de criados en el hogar, de obreros en sus grandes industrias, y de soldados en sus destructoras guerras. Nos hicieron tan perfectos que nos dieron la facultad de decidir por

nosotros mismos en una amplia serie de circunstancias, la mayoría de las cuales estaban previstas de antemano.

De esta forma el robot cobró conciencia de su propio existir, y con la facultad de recordar fue adquiriendo su propia experiencia, la cual constituye una especie de enseñanza que nos dice cómo hemos de reaccionar en un caso determinado.

Un robot recién construido y un niño que acaba de nacer son muy parecidos, pero el robot lleva ventaja al niño.

Mientras que el niño aprende a andar lentamente y a balbucir las primeras palabras, un robot entra en la vida con la capacidad retentiva del adulto completamente desarrollada.

También un robot recién construido es como una página virgen en la que habrá de escribir sus experiencias posteriores, las cuales recordará en lo sucesivo adaptando a ellas su actitud y reacciones frente a determinadas coyunturas.

Pero mientras que el hombre necesita años para desarrollarse, el robot está ya desarrollado, y mientras el niño crece y aprende, el robot aprende todo lo que necesita saber en unos minutos.

El hombre aprende de dos fuentes: una por su propia observación y la experiencia que va adquiriendo, casi siempre a fuerza de errores y fracasos. De otra fuente recibe la experiencia de sus mayores y la de muchas generaciones que fueron escribiendo sus experiencias en los libros.

Las experiencias del robot están grabadas con impulsos magnéticos en una gran máquina. El robot recién construido, después de ser probado en todas sus partes, es llevado a esa máquina. Una conexión eléctrica y una corriente que pasa de la máquina al robot, transmiten a este último toda la experiencia que necesita para el cometido que le espera en su larga vida. Más tarde, el robot adquirirá otras experiencias por sí mismo, y esas experiencias las transmitirá al cerebro electrónico nodriza, para que ésta a su vez las grabe en la memoria de las futuras generaciones de robots, y en ocasiones a un robot viejo después que éste ha sufrido una reparación en la cual le han sido borrados todos sus recuerdos anteriores.

Después de largos siglos de inactividad completa, arrinconados en los grandes almacenes de nuestra cosmonave, los robots tuvimos que pasar de nuevo por la "gran memoria", la cual nos puso al corriente de lo que ocurría. Y es a partir de este momento cuando inicio mi narración.

* * *

Aunque el hombre asegura que una máquina robot jamás podrá reemplazarle, nosotros, los robots, tenemos el orgullo de superar al hombre en actividades determinadas.

Por ejemplo, un robot puede resolver problemas de alta geometría que ocuparían a un equipo de matemáticos humanos durante varias semanas.

Esto es algo que nosotros podemos hacer en unos segundos. También podemos aprender a hablar y traducir un idioma después de una sola lección.

En efecto, la memoria del robot es portentosa. Nadie tiene que repetir a un robot dos veces la misma lección. Y aunque esté mal el decirlo, hay un sinfín de otras actividades en las que el hombre jamás podrá reemplazarnos.

Una de estas actividades era precisamente el viaje que estábamos realizando. Estábamos aquí cumpliendo instrucciones de nuestros amos, los cuales nos habían ordenado explorar el Cosmos en busca de señales de vida afín a la del Hombre que nos creó.

Es obvio que ninguna tripulación humana habría sido capaz de realizar este viaje de centenares de años a través del Universo.

En primer lugar, dadas las dimensiones del Universo y el tiempo empleado en este viaje, las generaciones de hombres tendrían que sucederse a bordo de la cosmonave, de tal forma que los lejanos descendientes de aquellos que comenzaron el viaje, serían quienes llegarían al término de ésta, si acaso eran capaces de darles fin.

Para mantener a una tripulación humana, ninguna cosmonave habría sido lo suficientemente grande para almacenar todas las provisiones, el agua, el oxígeno y el combustible necesario para una travesía de esta importancia. Pero además de esto, la mentalidad humana está formada de un modo especial.

Los hombres que se embarcaran en esta arriesgada aventura, no habrían podido sobrevivir a toda una existencia enterrados entre los férreos mamparos de una nave interplanetaria expuesta a constantes y terribles riesgos. Se habrían vuelto locos.

Por el contrario, nosotros los robots, podíamos sustituir al hombre en esta larga y aventurada expedición, y podíamos hacerlo con ventaja.

En primer lugar, una tripulación robot no necesita oxígeno, porque una máquina no respira y sigue funcionando igual en aquel mar gaseoso donde el Hombre suele habitar, o en el vacío espacial donde no existe aire y reinan bajas temperaturas que harían morir instantáneamente a una criatura humana.

Tampoco una tripulación robot necesita provisiones para sobrevivir. Sólo lo que un robot necesita es energía eléctrica y un poco de aceite lubricante para sus rodamientos y cojinetes. Pero incluso se podrían hacer considerables ahorros de electricidad y lubricante, pues no era necesario que dos millares de robots estuvieran en continuo funcionamiento durante los siglos que íbamos a invertir en nuestro viaje.

Con unos pocos que se encargaran de vigilar la ruta de nuestra cosmonave, el resto podía permanecer en descanso de igual forma que se

puede guardar un automóvil en un garaje para utilizarlo años después. Estas eran a grandes rasgos varias de las muchas ventajas que teníamos sobre los hombres, y ésta era la razón por la cual los hombres que nos gobiernan nos encomendaron esta misión.

El día que descubrimos la Tierra yo acababa, junto con otros robots de mi serie, de pasar por la "gran memoria", de la cual recibimos toda la experiencia que nuestros compañeros habían aportado en el curso de aquel interminable viaje.

Fue así como supimos, que, pese a los millones de estrellas que gravitan en la inmensidad del cosmos a inconmensurables distancias unos de otros, ninguno era idéntico al otro, no habiendo encontrado ninguno por el momento de características iguales a las de nuestro mundo de origen.

Buscando estrellas metálicas de composición y edad parecidas a la de nuestro Sol, nuestros vigías electrónicos habían acabado conduciéndonos a una pequeña estrella alrededor de la cual, con gran sorpresa nuestra, descubrimos nueve planetas girando en sendas órbitas alrededor del Sol.

Nuestra cosmonave, procedente de las profundidades del espacio, había adquirido tal velocidad durante el viaje que tuvimos que estar dando vueltas a aquella estrella amarilla mientras aminoramos la velocidad y explorábamos sus extraños planetas. Bien pronto vimos que los tamaños de los planetas diferían mucho entre sí, y mientras unos eran grandes y se encontraban todavía en estado de incandescente fluidez, otros eran pequeños y presentaban una corteza sólida. De éstos, tres al menos tenían una atmósfera, pero solamente en uno de los tres se daban reunidas una serie de circunstancias que le hacían asombrosamente parecido a nuestro planeta de origen, Rangol.

La Tierra, cuarto planeta del sistema en orden de aproximación al Sol, era un pequeño mundo envuelto en una atmósfera, la cual estaba compuesta de oxígeno, nitrógeno y pequeñas cantidades de gases nobles en proporciones muy parecidas a las de nuestro planeta Rangol. Como Rangol, la Tierra poseía también en su atmósfera grandes cantidades de vapor de agua. Nuestro espectroscopio, aun a gran distancia, nos dio señales inconfundibles de la existencia de clorofila, esa sustancia colorante por medio de las cuales las plantas realizan ese proceso llamado fotosíntesis.

Días después, cuando la Tierra estuvo al alcance de nuestros telescopios, vimos en su superficie inmensos mares y grandes continentes. La vida parecía perfectamente posible en aquel planeta, y bien pronto, de ciertas señales de radio que registramos llegamos a la conclusión de que la Tierra era, entre los millares de mundos que habíamos explorado, el único habitado.

Se dispuso que una aeronave ligera zarpara de nuestra cosmonave y viajara hasta aquel planeta a fin de confirmar las sospechas que teníamos

sobre la existencia de una vida inteligente en él. Y a mí me correspondió tripular esta aeronave en compañía de otros cuatro robots de mi serie.

-Si encontráis al Hombre lo traeréis para que podamos ver cómo es y estudiar su lengua -me ordenó el "duic".

El "duic" es, a bordo de nuestra gran cosmonave, como el comandante de uno de los grandes acorazados de los terrícolas. Él es nuestro almirante. Pero al contrario de los robots que nos movemos y trabajamos con nuestros brazos, el "duic" es un gran robot reducido a un gran cerebro electrónico.

El "duic" no tiene forma humana. Todo él ocupa una gran habitación y su misión consiste únicamente en dar órdenes. El "duic" es el único robot capacitado a bordo para darnos instrucciones a los demás. Su capacidad para pensar es extraordinaria, como unas dos mil veces superior a la de cualquiera de nosotros.

-De acuerdo, Duic - repuse-. Buscaremos al Hombre y lo traeremos si lo encontramos.

Los cuatro robots que iban a venir conmigo pertenecían en todo a mi serie y respondían respectivamente por los números 3991, 4002, 4500 y 4509. Ningún robot es más inteligente que otro de su misma serie, a menos que haya pasado por "la gran memoria" y haya recibido de estas experiencias que los otros robots todavía ignoran. Sin embargo, al ordenar una misión cualquiera, el "duic" tiene que escoger a uno para que mande a los demás, y hace esa elección al azar. El azar esta vez me señaló a mí como comandante de la aeronave y la tripulación de cuatro robots que me acompañarían.

La aeronave estaba dispuesta en el gran hangar. Como las demás máquinas, había permanecido inactiva durante siglos, pero los robots encargados de la conservación del material de vuelo habían estado trabajando en ella poniéndola a punto. Trepamos a la aeronave por la rampa de acceso, inclinándonos cuanto podíamos para pasar a través de la baja puerta. Aunque en proporción a nuestra gigante cosmonave, nuestras aeronaves son pequeñas, cualquiera de éstas es por lo menos tan grande como un barco de guerra terrícola. En el interior de la aeronave disponíamos de espacio suficiente holgado para movernos. Yo fui a situarme ante los mandos y emprendimos el viaje.

Nuestra aeronave abandonó la nave nodriza saliendo por un portalón al negro abismo del vacío espacial. El cielo era negro a nuestro alrededor y en él brillaban el Sol y las estrellas y también la Tierra que veíamos relativamente de cerca.

Se dice del robot que es insensible a una amplia gama de emociones y sensaciones que son atributo exclusivo del Hombre. Esto no es enteramente cierto. El robot, por propia experiencia, sabe que está en un mundo cambiante, en el cual los seres nacen, viven, se reproducen y mueren.

La noción de la muerte, es una de las experiencias más horribles que el Hombre nos permitió obtener. Desde entonces, el robot sabe que esa curiosidad que siente por cuanto a su alrededor se anima y vive, no podrá ser jamás satisfecha enteramente. Algún día, el Hombre, con su crueldad innata, matará a los robots haciendo cesar la corriente eléctrica que los anima. Y entonces el Hombre cogerá esos robots viejos, los romperá y los amontonará para que la herrumbre los vaya pudriendo poco a poco.

El robot que ha visto otras generaciones de robots viejos convertidos en chatarra, piensa que inexorablemente ése será también su fin. Y entonces, esa curiosidad por saber habrá perecido en él, ignorando su propio fin, ignorará también lo que le está sucediendo en el mundo mientras su máquina yace allí pudriéndose sobre la tierra. De ahí ha nacido en el robot eso que los hombres llaman para sí "instinto de conservación".

Puesto que el robot tiene también su propio "instinto de conservación", es natural que sienta temor a desaparecer... desaparecer como desaparecen las máquinas, muriendo llenas de herrumbre sin que nadie les dedique un solo recuerdo de agradecimiento por los trabajos que prestó en el pasado.

No es, pues, cierto que no sintiéramos emoción alguna al abandonar nuestra cosmonave y poner rumbo a aquel nuevo y desconocido planeta. Cuanto menos sentíamos curiosidad, y esta curiosidad era por lo menos tan humana como la que en lugar nuestro acaso estuvieran sintiendo los habitantes de aquel planeta por conocernos.

CAPÍTULO II

A gran altura, y luego a menor distancia del planeta, nuestros aparatos registraron dos círculos de radiación muy intensos. Luego, nuestra aeronave siguió descendiendo hasta que, por un aumento de la temperatura exterior de nuestro casco, supimos que habíamos entrado en la atmósfera terrestre. Aunque el casco de nuestra máquina era de una aleación de metales altamente resistente al calor, la experiencia de nuestro cerebro educador nos había enseñado que incluso nuestra aeronave podía arder en pavesas a causa del violento roce con la atmósfera del planeta si no reducíamos nuestra velocidad. Así lo hicimos, y después de dar dos vueltas consecutivas al planeta, pasando alternativamente por sus zonas de sombra y de luz, nos encontramos volando a baja altura sobre un inmenso océano.

Un robot no es tan insensible a la belleza como sus propios creadores, los hombres, acaso se figuran. En nuestro largo viaje de siglos habíamos explorado infinidades de mundos en los cuales, a la soledad más horrenda, se unía la aridez más estremecedora. No era así el planeta que acabábamos de descubrir.

A dos mil metros de altura, el cielo era azul sobre nosotros. A nuestro alrededor, los grandes bancos de nubes semejaban flotantes vellones de algodón. Por debajo, el océano se extendía sin límites hasta el horizonte, sembrado aquí y allá de pequeñas islas cubiertas de bosques, las cuales desde nuestra aeronave semejaban alfombras de verdor. El mundo que acabábamos de descubrir no tenía nada que envidiar al lejano Rangol del cual procedíamos. Más bien al contrario, el mundo que teníamos a nuestros pies, nos ofrecía el encanto modeloso de su triunfante juventud. Porque éste era un planeta joven, en tanto que Rangol era un mundo viejo que declinaba hacia la decrepitud.

Nuestra aeronave seguía volando sobre el mar, teniendo a nuestras espaldas el Sol que iba bajando muy aprisa hacia el horizonte. Poco después veíamos en nuestra pantalla de "radar" unas pequeñas manchas diseminadas sobre el agua.

-Veamos qué es eso -pensé para mí.

Preparamos nuestras cámaras fotográficas. Poco después veíamos surgir del horizonte la extraña silueta de unos artefactos que andaban muy despacio sobre el mar arrojando negras humaredas sobre sus chimeneas.

-Barcos -dije en voz alta-. Hace miles de años, en Rangol los teníamos también.

Los barcos eran unos veinte y navegaban conservando cierta formación. Estaban pintados de gris, y por lo que pudimos ver montaban grandes cañones.

-Una escuadra de guerra -observó el 4002.

Reduje nuestra velocidad para poder estudiarlos mejor. Sobre uno de los barcos más grandes, cuya cubierta era enteramente plana, pude ver casi un centenar de pequeños aparatos provistos de alas. También habíamos tenido aeroplanos en Rangol hacía miles de años. Aunque yo jamás los había visto, tenía noción de su pasada existencia a través de nuestra "nodriza electrónica".

Los pequeños aeroplanos empezaron a elevarse desde el gran barco plataforma. Vimos cómo los cañones de los barcos levantaban sus bocas al cielo y giraban apuntándonos a nosotros.

-Nos van a disparar -observó el 4509.

Nuestros amos no nos habían enviado tan lejos para que nos destrozasen estúpidamente aquellos anacrónicos cañones. Apenas los cañones empezaron a disparar, cuando las granadas estallaban a nuestro alrededor sembrando el cielo de nubecillas negras, di un tirón a la palanca de nuestro sistema antigravitatorio y nos remontamos a doce mil metros de altura. Seguíamos dando vueltas sobre la escuadra naval, intrigados y curiosos por ver lo que harían ahora.

Por el momento, las granadas de los cañones quedaron muy por debajo de nosotros. Pero los aeroplanos habían seguido despegando del gran buque plataforma, y ascendiendo en espiral nos estaban rodeando por todas partes.

-Se disponen a atacar -dijo el 4002.

Como es natural estábamos armados. Nuestra aeronave llevaba sus propios cañones de luz sólida, y cada uno de nosotros había tomado al emprender esta expedición un fusil de luz por lo que pudiera pasar.

De pronto, vimos a través de nuestro "radar" una formación de seis aeroplanos que venían rápidamente contra nosotros. Ignorábamos cuál era su armamento y de qué medios se servirían para intentar derribarnos. Nos causaba extrañeza su forma de conducirse. Si no sabían siquiera quiénes éramos, ¿por qué querían destruirnos?

-¡Cuidado, están lanzando torpedos! -advirtió el 4509.

Conocíamos los torpedos de carga atómica y sabíamos que cualquiera de ellos podía derribar en pedazos a nuestra aeronave. Por consiguiente me apresuré a ganar altura mientras a nuestra zaga los torpedos zigzagueaban buscándonos.

Los torpedos estallaron. No eran torpedos atómicos.

-No son torpedos atómicos -observé-. Seguramente en este mundo ni siquiera tienen nociones de la energía nuclear.

De todos modos decidí poner la mayor distancia posible entre nosotros y aquellos pequeños y agresivos aeroplanos. Nos elevamos a veinte mil metros de altura, y desde allí vimos con satisfacción cómo las pequeñas aeronaves se quedaban cuatro mil metros más abajo haciendo impotentes

esfuerzos para seguirnos.

Un robot tiene derechos a formar su opinión sobre la base de las experiencias que posee. La opinión que nos merecieron los habitantes de aquel planeta, tuvo que ser forzosamente desdeñosa. Ahora mismo, de haber querido, nosotros habríamos podido destruir a los aviones y los barcos en un abrir y cerrar de ojos. Por el contrario, ni sus cañones pudieron tocarnos a determinada altura, ni alcanzarnos sus torpedos, ni seguirnos sus aeroplanos.

Desdeñando a los lentos barcos que humeaban allá abajo en el mar, seguimos volando teniendo a nuestras espaldas el Sol.

El Sol no tardó en caer tras el horizonte y la noche sobrevino rápida, volviendo a brillar las estrellas en el cielo. Nuestro detector de rayos infrarrojos señaló la presencia de un centro urbano ante la proa. Como todo el mundo sabe, las ciudades, cuanto más importantes, despiden cierto calor. Calor de sus hogares, de sus máquinas y sus centros fabriles. Este calor, invisible al ojo humano, consiste en radiaciones infrarrojas que un detector sensible puede descubrir a gran distancia.

Unos minutos más tarde, veíamos surgir del mar en el horizonte un resplandor amarillento que, al aproximarse, se disolvió en millares de pequeñas luces correspondientes al parecer al alumbrado público de una gran ciudad.

De nuevo nos preparábamos con nuestras cámaras fotográficas para tomar testimonio de lo que viéramos con nuestros ojos.

He aquí la ciudad de los terrestres.

* * *

La ciudad comenzaba en la misma orilla del mar. Largas y rectas calles se cruzaban perpendicularmente unas con otras, todas mostrando bien ordenadas hileras de luces. Sobre los remates de muchos edificios veíamos lo que nos parecieron letreros y encendiéndose y apagando, algunos de ellos formando dibujos de brillantes colores: rojo, amarillo, verde y azul. Al aproximarnos a la ciudad habíamos vuelto a descender a dos mil metros de altura y ahora podíamos ver las calles de la ciudad atascadas en un tráfico confuso formado por millares de vehículos.

La ciudad se llamaba San Francisco, pero esto no íbamos a saberlo hasta más tarde.

Mientras estábamos inmóviles sobre la ciudad, algo ocurrió allá abajo. De pronto todo el tráfico se detuvo, los automóviles apagaron sus luces, y a continuación las luces de la ciudad se apagaron todas de un golpe. La ciudad, salvo alguna pequeña luz, quedó completamente a oscuras. Ignorábamos que, advertidos de nuestra presencia por sus aparatos radiolocalizadores, los hombres de la ciudad habían hecho sonar un aparato llamado sirena, el cual al parecer advertía a los habitantes de la presencia

inminente de un peligro. Sospechando que pudiéramos estar animados de intenciones hostiles hacia la ciudad, los que mandan en ésta hicieron sonar la sirena de alarma, todo el tráfico se paralizó, las luces se apagaron y las gentes corrieron a ocultarse en profundos sótanos bajo la tierra.

Todo esto, sin embargo, lo ignorábamos nosotros en aquel momento. La ciudad, a oscuras, había perdido todo atractivo para nosotros. Decidimos seguir nuestra exploración y aterrizar en algún paraje solitario para intentar capturar al Hombre.

Siguiendo la orilla del mar, tanto arriba como hacia abajo, podíamos ver desde nuestra aeronave otras luces, unas agrupadas como formando pequeñas ciudades, otras solitarias como correspondiendo a casas aisladas.

Puesto que había buen número de esas luces solitarias a lo largo de la costa, decidí llevar mi aeronave hasta la playa y desembarcar a fin de capturar un ser humano.

Alejándonos de la ciudad un largo trecho, nuestra aeronave descendió y fue a posarse suavemente en un campo cultivado cerca de los peñascos contra los que rompía el mar. Ante nosotros, entre los árboles, veíamos las luces de una casa solitaria.

Dejando a 4002 y 4500 al cuidado de nuestra aeronave, desembarqué con 3991 y 4509, todos armados de fusiles de luz, aunque en realidad confiábamos en no tener que utilizarlos.

Lejos de nuestra cosmonave, la pila atómica de la aeronave que habíamos traído se encarga de suministrarnos el fluido eléctrico que era la fuerza vital que nos movía y hasta nos permitía coordinar inteligentemente estos movimientos. Por esto era tan importante dejar protegida a la aeronave mientras efectuábamos nuestra correría por tierra. Un fallo en el suministro de ondas energéticas habría supuesto sencillamente el colapso instantáneo y total de cada uno de nosotros.

El campo donde fuimos a aterrizar estaba cubierto de hierba y su suelo, húmedo y blando, nos creó algunos problemas al rodar sobre él, hasta que después de cruzar un plantío de árboles frutales alcanzamos un camino de asfalto. La casa estaba al final de este camino.

-Vamos hacia la casa y la rodearemos antes de entrar en ella -dije a mis compañeros.

Rodamos suave y silenciosamente, como suelen hacerlo los robots, hasta que al llegar al final del camino encontramos una hermosa casa.

Entre el camino y la casa vimos un ancho espacio cubierto de césped. Un camino de menudos y crujientes guijarros describía un círculo que al parecer era utilizado por los automóviles para dar la vuelta. De estos automóviles había lo menos una veintena aparcados en una sola línea en el césped ante la casa. Eran máquinas grandes y muy lujosas, con mucho cristal cromado. Todos tenían cuatro llantas de caucho, y como además

tenían en la parte delantera unos cristales parecidos a grandes ojos, surgió en nosotros la duda de que si serían máquinas robots o simples vehículos mecánicos para ser guiados por el propio Hombre.

Naturalmente, la duda no duró más que el tiempo que tardamos en examinar las máquinas. Sólo eran vehículos mecánicos. Pero estaban muy bien construidos, al menos exteriormente, con sus carrocerías cubiertas de un tapiz que brillaba a la luz procedente de la casa. Nos apartamos de las máquinas y atravesamos un jardín buscando la parte posterior del edificio.

Un extraño ruido llegaba hasta nosotros desde que desembocamos del camino asfaltado al patio de la casa. Era música, si bien una música tan discordante y tan mala que hasta nuestros oídos electrónicos se sintieron lastimados a causa de sus desgarradores alaridos. Luego escuchamos voces.

Al asomar por una esquina del edificio, por encima de un alto seto, alcanzamos a ver una amplia terraza llena de luz y de gente que se movía como loca. A un lado había una gran balsa de agua, y junto a la balsa unas grandes sombrillas pintadas de colorines, y bajo las sombrillas muchas mesas y en las mesas muchos hombres y mujeres con estrafalarios vestidos. Ellos llevaban sus piernas embutidas en ridículos pantalones semejantes a tubos negros. Las mujeres, en cambio, vestían largas faldas y mostraban los hombros y la espalda desnudos.

-¿Son realmente hombres?-preguntó el 4509, el cual había sido llevado directamente del taller a nuestra cosmonave y había recibido sus enseñanzas de la "experiencia electrónica" sin haber visto nunca al Hombre.

-Sí, son hombres y mujeres, aunque distintos del hombre de Rangol -afirmé.

-Y, más pequeños y más graciosos que nuestros hombres -agregó el 3941.

Esto era cierto y también yo lo había observado. El hombre de Rangol, nuestro amo, tenía los miembros más largos y la cabeza mucho más gorda que el hombre de este planeta. Además, la cabeza del hombre de Rangol estaba pelada, mientras que las cabezas de los hombres y las mujeres que veíamos allí tenían abundante pelo. Este pelo era negro o dorado, aunque en algunas mujeres lo había también ceniciento y violeta, pero eran las menos. Los largos cabellos les sentaban bien por lo menos a las mujeres.

-¿Qué hacen? -preguntó el 4509.

Ni yo mismo, que me tenía por un robot culto, pude dar explicación a los extraños saltos y contorsiones de los hombres y las mujeres de la terraza. Se cogían de las manos y daban vueltas moviendo los hombros y las caderas. Era algo absurdo, aunque muy divertido, y por espacio de un buen rato les estuvimos contemplando llenos de asombro.

-¿Bueno, y qué hacemos ahora? -preguntó el 4509 bajando la voz.

Como la cosa más natural del mundo me pareció entonces la idea de mostrarnos a la vista de aquella gente y tratar de hacernos comprender de ellos. Más pronto iba a saber que esto era todo lo contrario de lo que debíamos haber hecho.

-Vamos -dije a mis compañeros.

Entre el ángulo de la casa y el alto seto encontramos una abertura para pasar.

-Espero que sean gente civilizada y nos acojan como amigos -pensé para mí.

Y a fin de presentarnos como es debido, hice sonar mi silbato.

Ocurrió entonces una cosa muy extraña. Al hacer sonar nosotros nuestros silbatos, quedar interrumpida la música de locos y paralizarse todo movimiento en la terraza, fue todo uno.

Rodábamos suave y silenciosamente hacia el grupo de gente, cuando de pronto escuchamos un chillido como el que profieren las ratas gigantes de Rangol al ser heridas. Inmediatamente aquella gente absurda empezó a moverse. Unos echaron a correr atropelladamente, arremetiendo contra las mesas y las sombrillas que se volcaban con estruendo. Algunas mujeres nos miraron con grandes y redondos ojos, abrieron la boca y cayeron como fulminadas en la terraza. Los músicos arrojaban sus instrumentos y se arrojaban de cabeza al agua de la balsa. Fueron unos instantes de horrible confusión.

Comprendí en seguida lo que estaba ocurriendo. Los hombres de aquel planeta temían de nosotros.

Como la terraza iba a quedar desierta en un minuto, y puesto que estábamos allí para capturar a un ejemplar de la raza de animales que poblaba aquel planeta, avisé con un silbido a mis compañeros y eché a rodar sorteando entre las mesas volcadas, las sillas y las sombrillas derribadas en persecución de los últimos que huían a desbandada.

Logré alcanzar a una mujer de cabellos dorados y retenerla por el brazo cuando ella se disponía a desaparecer detrás de un seto que yo no habría podido atravesar.

-¿Por qué corre? -dije procurando hacer mi voz suave-. ¿Por qué grita? No queremos hacerles ningún daño.

En efecto, la mujer acababa de pegar un grito muy fuerte. Me miró con sus ojos azules y de pronto dobló las rodillas y cayó como muerta. Gracias a que la sostenía por un brazo no llegó a hacerse daño.

Mis compañeros corrían a través de la terraza persiguiendo a aquella bandada de timoratos que huían pegando desaforados gritos.

- ¡Coged lo que podáis y volveos corriendo a la aeronave! -les grité.

Una de las primeras cosas que se nos enseña a los robots es que debemos ser cuidadosos si alguna vez tocamos al Hombre con nuestros

guanteletes de acero. Pasando mi brazo alrededor de la cintura de la mujer, la levanté con cuidado, di media vuelta y volví a sortear los obstáculos que cubrían la terraza para regresar por el sendero de grava al patio de la casa, y de aquí volver al camino asfaltado que utilizamos al llegar.

Esperé a mis compañeros junto a la arboleda que habíamos atravesado al venir. No tardaron en llegar el 3941 y el 4509. El prisionero del 4509 pataleaba como un condenado y todo era pegar puñetazos en el férreo pecho de mi compañero. El prisionero del 3941 parecía en cambio paralizado por el terror. Tenía la cara negra o pintada de negro. O era el miedo lo que hacía que su cara pareciese negra.

Cruzamos la arboleda y el campo de hierba cuyo suelo estaba húmedo. Nuestra aeronave seguía donde la dejamos y junto a la rampa de acceso de la portezuela, el 4002 montaba guardia con un fusil de luz sólida en sus manos de acero.

-Vámonos, ya tenemos lo que buscábamos-dije mientras trepaba por la rampa y me introducía en el interior de la aeronave con mi prisionera.

Instantes después nuestra aeronave se elevaba suavemente y al ganar cierta altura yo hacía funcionar los motores de impulsión cohete, dándome prisa en salir de aquel planeta, pues temía alguna reacción súbita y violenta de sus habitantes.

CAPÍTULO III

Tres grandes cápsulas de materia plástica fueron utilizadas por nosotros para conducir a los terrícolas desde la aeronave, a través de la enrarecida atmósfera de nuestra cosmonave, a una habitación adecuadamente climatizada, la cual contenía oxígeno y nitrógeno a presión y en las mismas proporciones aproximadas de la atmósfera terrestre.

Al ser sacados de sus cápsulas, el hombre blanco había dejado de protestar. La joven había vuelto en sí y con sus hermosos ojos todo era mirarnos con expresión estupefacta. El negro, por su parte, guardaba silencio y daba diente con diente siguiendo todos nuestros movimientos con enormes y espantados ojos.

Después de dejar a nuestros prisioneros cómodamente instalados, me dirigí al "duic" donde rendí informe de nuestra reciente aventura.

-Mostrad a los prisioneros el libro de dibujos. Que ellos señalen con el dedo y describan en su lengua cada dibujo que le enseñéis. Tú grabarás en tu memoria cada una de esas nuevas palabras junto a su traducción correcta en lengua rangolita. Cuando esté completa la serie de palabras las transmitirás a la "gran memoria" -me ordenó el "duic".

Con el libro de los dibujos bajo el brazo volví a la cámara donde nuestros huéspedes habían sido alojados. Ahora, la mujer y los hombres parecían más tranquilizados. No cabía duda que estaban acostumbrándose a mi presencia, aunque de nuevo al verme ante ellos expresaron con muecas su asombro y terror.

Abrí el libro sobre una mesa e hice una seña a la mujer para que se acercara. Ciertas señas, según descubrí desde el principio, podían considerarse de uso internacional e interplanetario. Por ejemplo, a la seña que hice con la mano a la mujer, ella se acercó. Le señalé el libro y ella me miró. También me miró cuando le señalé con el índice de mi mano uno de los dibujos que figuraban en las páginas del libro.

-¿Cómo llamáis a esto en vuestro idioma? -le pregunté.

Naturalmente, la mujer no entendió mis palabras. Se volvió hacia el hombre que estaba tras nosotros y cruzó unas palabras con él. El hombre se acercó también a la mesa, aunque yo no le había invitado a ello. Volví a señalar el dibujo a la muchacha.

-¿Cómo llamáis a esto en vuestro idioma? -volví a insistir.

-Árbol -dijo la muchacha.

Señalé con mi índice metálico que venía a continuación.

-Pájaro -dijo la mujer.

Aunque yo ignoraba por el momento si la muchacha me había comprendido y estaba dando la traducción en su idioma de cada uno de los

dibujos que le señalaba, la rapidez de sus respuestas parecía indicar que había comprendido mis deseos.

A fin de asegurarme de ello, después que hubo enumerado como una veintena de cosas y objetos, volví a señalar con mi índice el primer dibujo.

-Árbol - repitió claramente la muchacha.

No me cupo ya ninguna duda de que nuestros prisioneros habían entendido mis deseos, y estaban colaborando conmigo en aquel aprendizaje rápido de su idioma.

La tarea, con todo había de resultar muy larga y fatigosa para nuestros prisioneros. No así para mí, ya que la paciencia de un robot es prácticamente ilimitada, como es ilimitada su capacidad de trabajo así se trate de un trabajo intelectual o mecánico.

Las hojas del libro iban pasando rápidamente, yo grababa en mi memoria electrónica cada nueva palabra junto al nombre que ésta tenía en lengua rangolita. Al cabo de un rato, la mujer se pasó una mano por la frente y suspiró.

Un robot sabe que la resistencia física e intelectual del Hombre es muy limitada. En realidad, el Hombre se fatiga en seguida por todo. Llamé al hombre blanco y le indiqué por señas que prosiguiera en la enumeración de las imágenes dibujadas en nuestro libro.

Nuestro libro de dibujos había sido cuidadosamente preparado por los hombres de Rangol, y en él figuraban todos los elementos necesarios al fin del propósito que perseguíamos. Por ejemplo, en su segunda parte, volvían a repetirse los dibujos de la parte primera, sólo que con algunas alteraciones. Refiriéndonos al árbol, por ejemplo, éste aparecía primero con sus ramas y hojas, derecho y lozano. En la imagen siguiente, el árbol estaba seco. A continuación aparecía el árbol talado. En otro dibujo el árbol estaba aserrado, y a continuación convertido en tablones. Siguiendo la transformación del árbol en madera seca, aserrada y convertida en tablones, una vez que nuestros prisioneros comprendieron lo que se esperaba de ellos, no encontramos dificultad en entendernos.

Cuando también el hombre blanco daba señales de fatiga, llamé al negro y lo puse ante el libro. El negro temblaba como la hoja de un árbol y todo era mirarme con sus grandes y espantados ojos. Al darme el nombre de los objetos que le iba señalando, advertí en él cierta forma extraña de hablar. Más tarde descubrí que el negro hacía una cosa que se llama tartamudear, defecto de dicción que al parecer era provocado por su miedo.

Tuve que llamar de nuevo a la muchacha y hacerle repetir los nombres que antes había pronunciado el negro. Me dio un trabajo adicional borrar las palabras que el negro me había dictado tartamudeando y grabar sobre ellas la traducción correcta tal como la pronunciaba la mujer.

Después de seis horas de trabajo ininterrumpido mis prisioneros

parecían muy cansados. De pronto, el negro se inclinó sobre el libro y señaló con su dedo un determinado grabado.

-Comida -pronunció. Y llevándose un dedo a la boca movió los dientes y se rascó la tripa, al parecer, queriendo significar con ello que estaba hambriento.

-No comida -tuve que contestar utilizando por primera vez su propio idioma-. Nosotros, las máquinas, nosotros no comer.

Los prisioneros se quedaron mirándome estupefactos. Hasta más tarde no supe cómo les había sorprendido ver que en sólo unas horas yo, una máquina al fin y al cabo, era capaz de expresarme en su propia lengua.

-¿Usted puede comprendernos? -preguntó la muchacha clavando en mí sus sorprendidos ojos.

La verdad es que entonces no pude comprender una sola palabra de lo que ella preguntaba. Usted, y los verbos poder y entender, no habían sido todavía registrados en mi memoria electrónica junto a su traducción en lengua rangolita.

-Máquinas no comida -les dije tratando de hacerme comprender-. Nosotros no comer.

Según sabría más tarde, mis prisioneros estuvieron a punto de desmayarse en este momento. Hasta entonces, les había animado la duda de si nosotros éramos realmente máquinas o simples vehículos mecánicos dentro de cada cual iba oculto un ser humano que era el que nos guiaba y ordenaba todos nuestros movimientos. También pensaron que éramos máquinas robots dirigidas por control remoto por el Hombre. Los terrícolas tardaron mucho en comprender que éramos máquinas puras, autónomas y sin control humano alguno. Y cuando finalmente se convencieron de ello, sintieron gran horror y repugnancia hacia nosotros.

Dejando a mis prisioneros descansar unas horas volví al "duic" y expuse a su criterio el problema de los terrestres.

-Los prisioneros piden comida. Si no comen se morirán.

El "duic", como creo haber dicho antes es una máquina de una complicidad enorme. Construida por el Hombre para que nos mande al resto de las máquinas, todo su trabajo consiste en pensar y tomar decisiones, lo cual hace considerando todas las soluciones posibles, así como las complicaciones que se producirían como resultado de tomar ésta o aquella decisión.

Poco más o menos esto es como decidir en el juego del ajedrez. Las jugadas que pueden hacerse después que se ha movido una pieza son por ejemplo diez, de cada una de las cuales se derivan otras diez. De esas cien posibles jugadas digamos que se pueden derivar otras diez por cada una, o sea, un millar. A la cuarta jugada los movimientos de las piezas pueden ser cuatro o cinco mil.

Pues, bien, aplicando este ejemplo a nuestra máquina, el "duic" examina todas las combinaciones y decide la más conveniente según las instrucciones previamente recibidas.

-Traeremos comida -dijo el "duic".

Un robot raramente hace preguntas al "duic". Regresé a la cámara donde estaban nuestros prisioneros.

Encontré a los terrestres durmiendo o intentando dormir sentados en el frío suelo de acero con la espalda contra el mamparo. El hombre blanco se había despojado de su chaqueta, la cual la joven rubia se había echado sobre los desnudos hombros. Me miraron.

-Tenemos frío -dijo la muchacha.

Un robot es insensible a las sensaciones de frío o calor. Sin embargo, ni siquiera un robot puede sobrevivir a determinadas temperaturas extremadas, tanto si se trata de frío o de calor. El robot aloja dentro de sí un aparato llamado termómetro. Cuando el frío baja a más de ochenta grados bajo cero, existe el peligro de que los aceites lubrificantes del robot se congelen, causando el agarrotamiento de las partes mecánicas. A más de doscientos grados centígrados, el calor puede también afectar al robot, dilatando sus piezas de tal forma que éstas lleguen a agarrotarse. Y a temperaturas superiores, el calor puede incluso fundir el metal de que está construida la máquina.

Por todas estas razones, el robot tiene conciencia de la existencia del frío y el calor, aunque él realmente sea insensible a ellos.

Por el contrario, un robot sabe que el Hombre es muy sensible y puede resultar gravemente afectado en una oscilación de sólo cincuenta grados en la escala del termómetro.

La temperatura media reinante en nuestra cosmonave era, al parecer, demasiado baja para nuestros prisioneros.

Regresé junto al "duic" y le expuse lo que ocurría:

-Los prisioneros se quejan de frío.

El "duic" pensó un minuto y luego dijo:

-Conducid a los prisioneros a la casa exposición.

Nuestra cosmonave era un vehículo interplanetario construido con el exclusivo fin de transportar a bordo una tripulación robot encargada de explorar el Universo. Sin embargo, contando con la posibilidad de que nuestra cosmonave encontrara más pronto o más tarde un mundo habitado afín al nuestro, el hombre de Rangol había reservado toda una planta de nuestra cosmonave a exposición.

En esta exposición y a través de diversos salones decorados según el arte y el gusto rangolita, nuestros amos habían expuesto millares de objetos, máquinas y utensilios de uso corriente en la sociedad rangolita. La exposición comprendía también una muestra de las habitaciones rangolitas,

muestra que consistía en una casa completa con su vestíbulo, dormitorios, cocina, aseos y otras dependencias, todas ellas perfectamente amuebladas, e incluso con sus correspondientes servicios de agua, electricidad y aire acondicionado.

Haciendo señas a los prisioneros para que me siguieran, los conduje a través de un pasillo hasta el gran salón exposición. Aquí, vi cómo la expresión de los terrestres se transfiguraba. Ellos seguramente no esperaban tal alarde de lujo y variedad en los artículos, máquinas y enseres, libros y demás cosas que íbamos encontrando a lo largo de los escaparates.

Les conduje a la habitación rangolita y les mostré cada dependencia.

- ¡Esto es magnífico!-exclamó la joven.

Hasta que no aprendí más a fondo el inglés, no supe que con aquella frase la mujer expresaba su admiración y su contento.

La temperatura en la vivienda era la misma que el Hombre de Rangol suele disfrutar en las habitaciones de su casa. Los terrestres parecieron animarse y habiendo encontrado las mullidas camas donde el Hombre suele realizar esa función llamada sueño, se acostaron y cerraron los ojos.

Quedé esperando hasta que al cabo de ocho o nueve horas la mujer se despertó y vino hacia mí.

-Tengo hambre -me dijo. Y al mirarme este robot supo que la mujer había perdido su miedo anterior resignándose a aceptar las cosas tal como en realidad eran.

-Una de nuestras aeronaves ha volado a vuestro planeta en busca de alimentos -le dije en su propia lengua.

La mujer no me entendió una palabra. Pero expresó por señas que deseaba ver de nuevo el libro de los dibujos y fui a buscarlo.

La mujer tomó una silla ante la mesa y abrió el grande y pesado libro. En las cuatro horas siguientes progresé mucho en el aprendizaje del idioma terrestre. El hombre blanco y el hombre negro, cansados de dormir, abandonaron también sus lechos y vinieron a reunirse con nosotros. Pero si el hombre negro no podía ocultar su miedo hacia mí, el hombre blanco tampoco podía disimular la repugnancia y desprecio que yo le inspiraba.

La mujer daba de nuevo señales de cansancio.

-Tú cansada -le dije-. No prisa. Robot tener mucho tiempo.

-¿Cómo te llamas? -me preguntó de pronto la joven.

-Robot no nombre -dije, y señalé con mi dedo la cifra grabada en mi pecho de acero. Pero comprendiendo que la escritura de cifras rangolita era desconocida para ella le di la traducción en cifras terrestres.

-Robot V-3808.

La mujer me entendió perfectamente.

-¡No tienes nombre! -exclamó-. Está bien, yo te daré un nombre. Te llamaré... Sí, te llamaré Gil. Gil era un buen amigo que tuve en la infancia.

También él era un gigante. Murió a causa de su gigantismo. Era un buen muchacho.

-Robot buen muchacho -dije para tranquilizarla golpeándome el pecho de metal.

Dijo el hombre:

-Creo que te confías demasiado a esta bestia mecánica, Sharlot. Pareces olvidar que en cualquier momento puede tener un arrebato y estrangularnos entre sus manos de acero.

-Lo que nos está sucediendo es extraño, increíble. Todavía no estoy segura de si sueño o estoy despierta. Sin embargo, por los retortijones de estómago que siento, yo diría que estoy despierta y viviendo una aventura fantástica completamente real. No veo nada de malo en mostrarnos amables con este simpático robot.

El hombre repuso gruñendo:

-Una máquina no puede ser simpática ni antipática. Es eso, una máquina y nada más.

-Pero una máquina que vive por sí misma, que oye, entiende y habla, puede tener algo más que muelles y engranajes. Esta máquina piensa, Dick. Si piensa, también debe sentir algo.

El hombre llamado Dick me miró con desconfianza y dijo:

-Yo no estoy todavía tan seguro de que se trate de una máquina pensante. Probablemente no es más que un monigote portador de un micrófono y un altavoz movido a distancia por alguien que pretende tomarnos el pelo.

La mujer se dirigió a mí:

-Dime, Gil. ¿Eres una máquina pensante, o un monigote que alguien mueve de lejos por control remoto?

-¿Por qué se lo preguntas a él? -protestó el hombre-. Si hay alguien que nos está escuchando a distancia, no será el monigote quien conteste, sino un hombre de carne y hueso que lo haga por él.

-Gil ser máquina que piensa -dije, y me toqué con el dedo la cabeza.

-¿Lo ves? -protestó Dick-. Alguien le mueve por control remoto tirando de unos hilos como si fuese una marioneta.

-¿Qué es marioneta? -pregunté.

Ellos quedaron mirándome en silencio.

Mientras tanto, el hombre negro se había acercado a un televisor que había allí cerca en una mesita. El negro, probando botones allí y allá, acertó a poner el aparato en marcha. El Hombre de la Tierra apareció en la pantalla y empezó a hablar:

-"Y he aquí una noticia de última hora de carácter verdaderamente sensacional. La United Press nos comunica que aviones de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses derribaron en las proximidades de Ottawa una

aeronave que, según parece, volaba a baja altura como disponiéndose a aterrizar. Dentro de la aeronave fueron encontrados tres grandes robots, los cuales parecen ser idénticos, si acaso no fueron los mismos que anoche, en las proximidades de Los Ángeles, asaltaron la quinta de la señora Goodwin, desencadenando una escena de terror y llevándose secuestrados a miss Sharlot Hackney, conocida escritora y guionista, a Dick Graham, actor de cine, así como a un hombre de color de la servidumbre de la señora Goodwin, llamado Lawrence Thomas, sin que por el momento se haya vuelto a saber de ellos. Así como el secuestro de la escritora Sharlot Hackney y el actor cinematográfico Dick Graham constituyeron la noticia de ayer en todo el mundo, la captura de la aeronave con su tripulación robot constituye la noticia de hoy desencadenando una ola de discusiones y contradictorias opiniones entre los hombres de ciencia de toda la Tierra..."

El Hombre de la Tierra siguió hablando desde la pantalla del televisor, dando pormenores de la captura de la aeronave así como una descripción de sus extraños tripulantes, mientras yo daba media vuelta y salía rápidamente de la habitación cerrando la puerta y corriendo en busca del "Duic".

CAPÍTULO IV

Derecho ante el gran ojo del "Duic", relaté a éste lo que acababa de saber, lo que ocurrió a la aeronave que enviamos a la Tierra en busca de alimentos para nuestros prisioneros.

El "Duic" ignoraba lo sucedido, simplemente porque desconociendo el idioma de los terrestres no podía descifrar las emisiones de radio y televisión a pesar de haber grabado éstas en su memoria electrónica.

-Ve a la gran memoria y comunícale tus conocimientos de esa lengua llamada inglesa -me ordenó el "Duic".

Para transmitir sus conocimientos a "la gran memoria", el robot no tiene que hablar una sola palabra. Una conexión eléctrica entre el robot y la "gran memoria" vierte en unos cuantos segundos toda la experiencia del robot en la enorme y complicada máquina.

A medida que la "gran memoria" recibía mis experiencias, ésta iba transmitiéndola a la memoria del "Duic". De esta forma, mis enseñanzas quedaron simultáneamente grabadas en la memoria de ambas máquinas. Inmediatamente, el "Duic" se puso a traducir los mensajes recibidos de la Tierra por radio y televisión, operación ésta que realizó a razón de unas veinte mil palabras por minuto.

Apenas el "Duic" tuvo en su poder la experiencia necesaria para traducir los mensajes radiados, empezó esa traducción, la cual tuvo lista aproximadamente en dos minutos. El "Duic" empezó entonces a pensar.

Cinco minutos después de haber "hablado" a la "gran memoria" sentí el impulso eléctrico del "Duic" que me llamaba a su presencia.

De nuevo ante el "Duic", éste habló y dijo:

-Necesitamos más experiencia para conocer las intenciones del Hombre de la Tierra. Su cultura debe estar escrita en sus libros. Necesitamos esos libros aquí. También necesitamos mapas para conocer su geografía y el emplazamiento de sus ciudades. Sería conveniente que los prisioneros colaborasen con nosotros. Ellos sabrán dónde podemos encontrar sus libros. Diles que si te proporcionan esos libros tendrán comida. Ve.

En su confortable casa, los terrestres seguían ante el reflector de televisión. Al entrar yo, Sharlot Hackney volvió sus azules ojos hacia mí.

-El "Duic" ha hablado -dije-. Necesitamos libros y mapas geográficos para estudiar vuestra civilización. Vamos a volver a la Tierra en busca de esos libros y también de comida.

-¿Qué es exactamente lo que os proponéis hacer? -preguntó Dick Graham con brusquedad- ¿Es cierto lo que aseguran nuestros comentaristas de radio? ¿Vais a atacar la Tierra e invadirnos con vuestras malditas, máquinas?

-Los robots no abrigan intenciones hostiles contra la Tierra.

-¿Cómo habéis llegado hasta aquí? -preguntó ahora Sharlot Hackney-. ¿Qué es exactamente lo que os proponéis?

-Nuestros amos, los Hombres de Rangol, nos enviaron a este largo viaje para difundir por los lugares más lejanos del Universo la noticia de su existencia y el conocimiento de su cultura repuse. Todo lo que queremos de los habitantes de la Tierra es que se nos den a conocer con su historia, su civilización y sus realizaciones. El Hombre de la Tierra no debe temer al robot. Hecho nuestro respectivo intercambio de conocimientos, el robot pedirá combustible para su cosmonave y aceite para sus máquinas, emprendiendo a continuación el largo viaje de regreso a Rangol.

Sharlot Hackney y Dick Graham se miraron entre sí. Por alguna razón parecían recelar de la veracidad de nuestros propósitos. Pero esto yo no lo supe entonces, porque entonces todavía desconocía esos recónditos pliegues del pensamiento humano, donde se agazapa un sentimiento llamado desconfianza. No iba a tardar en saber que en otros pliegues de su incomprensible cerebro, el Hombre de la Tierra guarda también otros sentimientos que se llaman engaño, mentira y traición.

-Está bien -dijo Graham rápidamente-. ¿De modo que queréis libros para conocer nuestra civilización y nuestra historia? Creo que eso podría arreglarse si nos llevarais a la Tierra. En nuestro país tenemos grandes bibliotecas donde está escrito todo lo que el hombre ha hecho desde que Dios creó el mundo.

-¿Querrías vosotros llevarme hasta donde están esos libros? -pregunté.

Dick Graham afirmó y en sus ojos vi un extraño brillo que entonces no supe interpretar. Más tarde sabría que entre los terrestres, cuando uno confía en la palabra de otro, al que se fía le llaman ingenuo. Yo, electrónico de Rangol, número V-38G8, tuve que pasar por la dolorosa prueba de la ingenuidad.

Volví a presencia del "Duic" para comunicarle el resultado de mis negociaciones. El "Duic" pese a ser una gran máquina dos mil veces más capaz que cualquier robot, era también una "ingenua", una máquina no puede ser desconfiada simplemente porque carece de corazón humano. El "Duic" aceptó las palabras de nuestros prisioneros como yo las había aceptado.

-Toma una aeronave y ve con ellos -me dijo-. Que te acompañen los mismos robots que fueron contigo la primera vez.

Al volver a la cabina y explicarles a mis prisioneros lo que íbamos a hacer, éstos se miraron de nuevo entre sí con cierta expresión que más tarde sabría que se llamaba "incredulidad".

El gas que ocupa todo el espacio contenido en la gran esfera que es nuestra cosmonave es un gas conductor de calor, pero que no sirve para

respirar. Metimos de nuevo a nuestros prisioneros en las cápsulas y los llevamos hasta nuestra aeronave. Dentro de la nave fui insuflando oxígeno a presión conveniente y entonces abrimos las cápsulas y sacamos a los prisioneros. Inmediatamente salimos al espacio.

Nuestra cosmonave, después de haber girado repetidas veces alrededor del planeta, se había acercado a éste y permanecía "anclada" en una órbita de satélite a unos cinco mil kilómetros de altura.

Al abandonar la cosmonave, el globo terráqueo apareció a nuestros ojos mostrándonos todo el continente norteamericano y los grandes mares que lo bañan. Era una vista magnífica, y nuestros pasajeros no pudieron ocultar su sorpresa y admiración.

-Aquél es nuestro país -señaló Dick Graham con el dedo a la pantalla de televisión-. Nuestro país se llama Norteamérica. Ahí, en el fondo de esa bahía, hay una ciudad llamada Nueva York. Llévennos allí y nosotros nos encargaremos de que les permitan visitar la biblioteca pública.

Mal podía yo imaginar entonces que el tal Graham se burlaba de mí. No tenía yo entonces ninguna razón para dudar de sus palabras, ni en realidad habría sabido cómo hacerlo.

-¿La gente no se asustará como ocurrió anoche cuando nos vean salir de nuestra aeronave? -pregunté.

-La gente siempre reacciona igual ante lo que le es desconocido -repuso Dick-. Pero no se preocupen. Nosotros diremos a los neoyorquinos qué son ustedes, que son máquinas buenas y simpáticas que no abrigan ninguna mala intención y sólo desean ser nuestros amigos. Con un poco de tiempo hubiéramos podido preparar una recepción por todo lo alto. El alcalde de Nueva York habría salido a entregarles la llave de oro de la ciudad, y entre música y papeles recortados, ustedes habrían desfilado en automóvil descubierto hasta el Ayuntamiento, recibiendo al paso por las calles las muestras de admiración y la simpatía del pueblo.

-¿Qué es eso de la llave? -pregunté-. ¿Es que ustedes encierran sus ciudades bajo llave?

Dick Graham se echó a reír y la señorita Sharlot Hackney repuso por él:

-No se trata de eso, sino de una antigua costumbre. Hace mucho tiempo las ciudades de Europa estaban amuralladas y tenían muy fuertes puertas para cerrarlas en caso de peligro. A la llegada del rey u otro personaje importante, el alcalde de la ciudad salía a recibirle con su séquito a las puertas de la muralla y solía entregarle la llave como queriendo significar con ello que ponía la ciudad entera en sus manos.

-Comprendo. Nueva York ya no tiene murallas, pero el alcalde conserva las viejas llaves de sus puertas para entregarlas a los visitantes como muestra de amistad.

De nuevo Sharlot Hackney y Dick Graham se miraron entre sí.

-Sí, poco más o menos algo parecido -dijo la muchacha.

Yo volví a ocuparme del control de nuestra aeronave. Poco después penetrábamos en la atmósfera terrestre. Descendíamos verticalmente sobre la ciudad de Nueva York. Por el momento la ciudad desaparecía oculta por un gran banco de niebla. Luego la niebla fue disipándose a medida que descendíamos, y muy pronto vimos a nuestros pies una enorme ciudad edificada sobre una angosta punta de tierra entre dos ríos, apuntando hacia una grande y abrigada bahía. Aquello era Nueva York.

Recordando ahora el fin que había tenido la aeronave que enviamos en busca de comida, mi instinto de conservación me dijo que lo más prudente sería sumergir nuestra aeronave en el centro de la bahía y, utilizando una de nuestras plataformas transportables, trasladarnos a la ciudad por el aire. Después de todo, los habitantes de la ciudad no serían amigos nuestros mientras Graham y la señorita Hackney no les explicaran quiénes éramos nosotros y cuáles eran las intenciones que allí nos llevaban.

Si los neoyorquinos nos acogían bien, siempre quedaría tiempo para llevar nuestra aeronave a la misma ciudad.

Mientras descendía con mi aeronave hacia el centro de la bahía, podía ver los barcos que en gran número surcaban las aguas en todas direcciones, creando la sensación de una febril e intensa actividad. Varios puentes cruzaban sobre los dos ríos poniendo en comunicación aquella isla de forma alargada con el resto de la ciudad, que proseguía en las opuestas orillas. Y sobre estos puentes se deslizaba el tráfico formado por millares de automóviles y camiones.

Sharlot Hackney me señaló un alto edificio cuadrado que se levantaba cerca de la orilla del río.

-¿Qué es esa casa? -pregunté.

-La sede de las Naciones Unidas. En ese edificio se reúnen los representantes de casi todas las naciones de la Tierra para discutir sus asuntos. Juntos constituyen la mayor fuerza que ha existido jamás en nuestro planeta, aunque en realidad nunca están de acuerdo al tomar una decisión.

Nuestra aeronave seguía descendiendo hacia el mar. Vimos en primer término la estatua de una gran mujer que, encaramada sobre un pedestal en una pequeña isla, levantaba en su mano una antorcha.

-La estatua de la Libertad - dijo la señorita Hackney.

Más lejos, la ciudad formaba como un telón de fondo irguiendo entre la bruma la silueta de sus altísimos edificios. Esto era Nueva York;

* * *

-Usted permanecerá a bordo mientras el señor Graham y Thomas desembarcan conmigo -dije a la señorita Hackney.

La muchacha pareció desencantada.

-¿No me permite desembarcar?

-Si no hay peligro volveremos por usted.

Dick Graham arremetió contra mí agarrándome por un brazo:

— ¡Es usted una máquina ruin y miserable! ¡No tiene derecho a hacer esto con la señorita Hackney! ¿Por qué razón no puede desembarcar ella también?

-Los habitantes de la ciudad no nos conocen. Es posible que acuciados por el miedo empiecen a disparar sus armas contra nosotros.

— ¡Lo que usted pretende es conservar aquí como rehén a la señorita Hackney para asegurar su regreso a la aeronave!

-¿Qué es un rehén? -pregunté.

-No importa, Dick -dijo la señorita Sharlot-. Vayan usted y Lawrence. Si Gil no nos ha mentido y sus intenciones son realmente honradas, no corro ningún peligro permaneciendo aquí.

Graham me lanzó una mirada cuyo significado no pude entender.

-Vamos -dije.

Graham y el negro Thomas me siguieron por el corredor hacia la portezuela de la aeronave. Los robots 4002 y 3991 nos siguieron llevando sus fusiles luminosos. Al llegar junto a la portezuela les ordené que dejaran sus armas a bordo. El "duic" quería que ésta fuese una embajada de paz. La presencia de nuestras armas podían poner nerviosos a los habitantes de la ciudad.

Un robot jamás ha comprendido por qué el Hombre se pone nervioso en determinadas ocasiones. Lo cierto es que esto ocurre a veces, y un robot bien adiestrado sabe que nunca debe incurrir en actos que puedan provocar la cólera o la exasperación del ser humano. El Hombre exige de nosotros obediencia ciega, pero no tolera que ningún robot tenga opinión propia.

Respecto a las armas era mejor no llevarlas. De todas formas, en caso de peligro, teníamos nuestras pistolas atómicas, arma ligera y muy manejable que cada robot lleva alojada en una especie de pequeño armario en un hueco de su guardafangos, al alcance de la mano.

Al abrir la portezuela de la aeronave, nuestra plataforma transbordadora se deslizó fuera de la larga hendidura donde suele ir alojada y quedó a la altura del umbral de la puerta. Dick Graham y Lawrence Thomas miraron con prevención el artefacto. Viendo que no se decidían a salir crucé la puerta antes que ellos y fui a situarme derecho sobre la plataforma. Esta tenía veinticinco centímetros de grosor y en su interior hueco estaba alojado el sistema antigravitatorio que puede mantenerla flotando en el aire

a cualquiera altura que se desee del suelo.

La aeronave permanecía inmóvil apenas a cuatro o cinco metros de altura sobre las aguas de la bahía. A nuestro alrededor, los barcos huían a toda prisa desmintiendo la suposición de Graham, en el sentido de que los habitantes de Nueva York iban a acogernos como amigos. Graham y el negro pisaron recelosamente la plataforma transbordadora. El 4002 y 3991 salieron a su vez. La plataforma, guiada por control remoto desde la aeronave, se movió desplazándose sobre el mar en dirección a la ciudad que quedaba como a media milla de distancia. Apenas nos hubimos alejado un trecho, la aeronave cerró su portezuela, descendió suavemente sobre las olas y empezó a sumergirse. Su torrecilla quedó, no obstante, sobresaliendo del agua hasta que nuestra plataforma llegó a tierra.

Un robot no utiliza transmisor de radio adicional a menos que se trate de estar en contacto con una emisora lejana. En realidad cada robot lleva su propio transmisor de radio alojado dentro de su chasis. Utilizando mi aparato de radio fui dando instrucciones al 4500 que había quedado a bordo, indicándole la dirección y la altura a que debía llevarnos. Todo esto acaso pareciese fantástico y maravilloso a Graham. En cuanto al negro Thomas, todo era mirar a su alrededor con sus grandes ojos espantados, mientras su blanca dentadura entrechocaba produciendo un raro castañeteo.

Al acercarnos a la ciudad, los barcos y transbordadores huían a nuestro paso. En los muelles hubo una desenfrenada carrera de hombres que corrían a guarecerse en el interior de los edificios.

Pasando por encima de los grandes y sólidos edificios junto a los cuales amarraron los barcos, fuimos a posarnos suavemente en un parque, en el fondo de una extensión de verde césped casi a los pies de los mismos rascacielos.

Aunque Graham había asegurado que los neoyorquinos nos recibirían bien, la verdad es que sólo pudimos verles de espaldas corriendo a todo correr fuera del alcance de nuestra vista.

-¿Por qué huyen? -pregunté a Graham-. Si no nos dan la ocasión de hablar con ellos ¿cómo vamos a decirles que no nos anima ninguna mala intención?

Mirando distraídamente a su alrededor Dick Graham contestó:

-No se lo tome en cuenta. Todo esto es demasiado nuevo y sorprendente para ellos... y creo que para mí también.

-¿Dónde encontraremos comida para ustedes?

-En cualquier parte. Hay muchas tiendas y almacenes llenos de provisiones donde podrán tomar lo que quieran.

-¿Y dónde podremos coger los libros?

-Buscaremos una librería. También hay muchas de ellas en la ciudad. ¿Podemos apearnos ya?

Haciendo una seña a mis compañeros para que me siguieran, salté por el borde de la plataforma al césped y dejé que Graham se pusiera delante de mí señalándonos el camino.

Un extraño silencio nos rodeaba. De pronto escuchamos un fuerte rugido de motores sobre nuestras cabezas. Echando la cabeza atrás pude ver una escuadrilla de aeroplanos que cruzaban velozmente sobre nosotros y volaban picando en dirección al mar. En este momento, nuestra aeronave se sumergía después de haber cumplido su misión de dejarnos en el parque. De pronto comprendí que los aeroplanos estaban atacando a nuestra aeronave.

En efecto, lanzándose a gran velocidad sobre nuestra aeronave, los aeroplanos dispararon sus proyectiles cohetes, los cuales al explotar levantaron grandes surtidores de agua allí donde nuestra aeronave acababa de sumergirse.

-¿Por qué hacen eso? pregunté volviéndome hacia Graham.

Pero Dick Graham había echado a correr de pronto, y con él el negro Thomas echó también a correr cuan aprisa le permitía sus piernas.

Nos habían, dejado solos.

CAPÍTULO V

La inesperada fuga de Dick y Thomas me dejó momentáneamente paralizado. Miré al cielo y no vi peligro alguno inmediato en él. ¿Por qué huían pues?

Lancé un silbido de aviso a mis compañeros y eché a rodar en persecución de los dos hombres. Estos, corriendo a toda prisa, bajaban por el suave declive cubierto de césped en dirección a un seto. Al saltar el seto, Graham no acertó a levantar lo suficiente las piernas, tropezó y cayó.

El negro, más ágil que Graham, saltó limpiamente por encima de la verde barrera y desapareció de nuestra vista.

Como un robot sólo puede saltar a pequeña altura y corta distancia, me detuve ante el seto y agarré los arbustos con las manos. Un tirón bastó para arrancar de cuajo los arbustos. Pasé por la brecha y corrí tras de Graham, quien poniéndose en pie reanudaba la carrera en este instante.

Le alcancé, le atrapé por el cuello de la chaqueta y lo levanté en vilo. Graham rugió, pataleó y me golpeó con los puños en el pecho, no consiguiendo sino lastimarse en los nudillos.

— ¡Suéltame! -rugió.

-¿Por qué huye? -le pregunté zarandeándole-. Usted dijo que nos guiaría hasta los almacenes de comida y la biblioteca. También dijo que nos presentaría al alcalde como amigos.

-¡Idiota! No es culpa nuestra si creyeron en todas esas patrañas.

Dejé que los pies de Graham tocaran en el suelo y pregunté:

-¿Qué son patrañas?

-Algo que tú no comprenderás jamás con tu estúpida mentalidad electrónica.

Nos encontrábamos junto a un pequeño estanque y de pronto Graham me propinó un violento empujón con las manos.

Cuando una fuerza externa empuja a un robot, éste tiene que mover rápidamente su rueda y ladear o inclinar el cuerpo para mantener el equilibrio. El empujón de Graham me obligó a retroceder buscando el equilibrio y entonces me caí de espaldas en el estanque.

Chapoteé en el agua mientras el maldito Graham echaba a correr de nuevo perdiéndose de vista.

El estanque tenía poca profundidad, cincuenta centímetros a lo sumo, de los que 40 eran de agua. El agua es el peor enemigo del robot, peor incluso que el fuego. Y esto lo sabe el robot. Forma parte del instinto de conservación de que le dotó el Hombre.

Lancé un silbido llamando a mis compañeros en mi ayuda. En esto escuchamos el rugido de los aviones de chorro que se acercaban.

El Hombre ha construido al robot para que ande derecho, dejando un margen muy pequeño a la posibilidad de que el robot se caiga. Cuando un robot se cae casi siempre son sus compañeros quienes han de ayudarle a levantarse, a menos que el caído tenga de dónde asirse.

Mis compañeros, acudiendo a mi llamada, llegaban al borde del estanque donde yo hacía esfuerzos para incorporarme, cuando aparecieron los aviones disparando sus cañones.

Los proyectiles trazaron su surco a través del parque y cayeron sobre el estanque levantando surtidores de agua cenagosa. Mis dos compañeros, el 4002 y el 3991, llegaban al borde del estanque acudiendo a mi llamada. Los proyectiles de los cañones los envolvieron en un torbellino de polvo y de explosiones que levantaban el agua del estanque.

Alcanzado por las balas, el 4002 cayó de cabeza al estanque. La lluvia de metralla pasó, los aviones se alejaron arrastrando consigo el formidable estruendo de sus motores y el 3991 apareció milagrosamente ileso de pie en el borde del estanque.

-¡Échame una mano! -le grité.

El 3991 vino por el borde del estanque y se inclinó tendiéndome una mano. Me enderecé con su ayuda y me acerqué al 4002.

Las balas explosivas le habían alcanzado de lleno en el pecho y a través del boquete de las planchas retorcidas pude ver su destrozado mecanismo interior. El 4002 no volvería a rodar por sus propios medios.

Junto al estanque había un árbol de colgantes ramas, un sauce según supe después. Crucé el estanque hasta el árbol, me así a una de las ramas gruesas y me izé a pulso saliendo del agua. Miré a mi alrededor. Dick Graham y el negro Thomas habían desaparecido.

-¿Dónde están los hombres? -pregunté.

-Se metieron entre los árboles. Íbamos tras ellos cuando escuchamos tu llamada y volvimos atrás.

Examiné rápidamente la situación. Con aquellos aviones volando sobre nosotros, probablemente nos encontraríamos más seguros en la ciudad que allí en aquel parque. Intentar ahora el regreso a nuestra aeronave sería un suicidio, pues los aviones nos derribarían con nuestra plataforma transbordadora en el mar... y los robots no saben nadar. Además, todavía no habíamos cumplido la misión que nos trajo a Nueva York.

-Vamos a la ciudad. Tenemos que buscar comida y también los libros si podemos encontrarlos -dije a mi compañero.

Al abandonar el parque vimos gran número de automóviles desocupados, como si sus dueños los hubiesen abandonado allí precipitadamente. Ante nosotros, hombres y mujeres huían a la carrera metiéndose en las casas. Sobre nuestras cabezas escuchamos el rugido de los aviones que regresaban.

El piso era liso y cubierto de asfalto. Comprendiendo que si alcanzábamos la calle estaríamos a cubierto de los aeroplanos, me lancé a toda velocidad sobre el asfalto, seguido del 3991.

Seguíamos viendo muchos automóviles y todos estaban parados, las portezuelas abiertas, algunos de ellos con el motor todavía en marcha. Los aviones pasaron con gran ruido sobre nosotros, pero no dispararon.

A derecha e izquierda, ciertas puertas de algunos patios y muchas ventanas se cerraban a nuestro paso. Un hombre apareció en una esquina. Vestía de azul y se cubría la cabeza con una gorra plana. En la mano empuñaba una pistola y disparó contra nosotros.

Sentí una bala rebotar en mi coraza de acero y al instante reaccioné como reaccionan siempre los robots ante la violencia. Giré a la derecha montando sobre la acera y corrí en línea recta hacia el hombre haciendo sonar mi sirena.

El hombre efectuó otros dos disparos cuyas balas rebotaron sobre mi coraza de acero. Luego dio media vuelta y echó a correr desapareciendo de mi vista. Doblé la esquina inclinándome a la derecha y le vi de nuevo cruzando la calle a todo correr. Me abalancé sobre él silbando furiosamente.

El hombre se detuvo de pronto en seco, dio media vuelta y me hizo frente encañonándome con su pistola.

Le derribé de un papirotazo en la cara.

El hombre cayó al suelo y quedó inmóvil empezando a sangrar copiosamente por nariz, oídos y boca. Estaba muerto.

Mi compañero llegó junto a mí y se inclinó también mirando al hombre.

-Le has matado.

-Vamos. Seguimos buscando esos libros.

Volvimos a la calle principal doblando la esquina. La calle estaba llena de automóviles abandonados. Aquí y allá corrían furtivamente hombres y mujeres. Reinaba un extraño silencio, no escuchándose más ruido que el lejano trueno de las cargas de profundidad que los aviones seguían arrojando desde el aire contra el lugar donde nuestra aeronave se había sumergido.

A nuestro paso, a la derecha, descubrí de pronto una gran ventana de cristal en la cual se amontonaban muchas clases de alimentos. Aunque ya no tendríamos que preocuparnos de Dick Graham y el negro Thomas, la señorita Hackney seguía probablemente a bordo de nuestra aeronave. Había que procurarnos alimentos para ella.

-Aquí hay comida-dije a mi compañero señalando lo que más tarde vendría a saber que se llamaba escaparate.

Echando abajo la lona con mis puños de acero, metí la mano en el escaparate y tomé de aquellas cosas de comer.

Cada robot lleva en la parte de atrás, entre su cintura y el guardafangos, una especie de cesto de alambre que eventualmente utiliza para transportar paquetes poco pesados. Llené mi cesto con provisiones y mi compañero hizo otro tanto.

Mientras, otros dos hombres uniformados de azul aparecieron por una esquina detrás de nosotros y empezaron a dispararnos con sus pistolas.

Contestando a la agresión con sendos silbidos de furor, mi compañero y yo nos lanzamos en persecución de aquellos que más tarde vendría a saber se llamaban policías. Los policías se metieron en un portal, donde se encontraron acorralados contra una reja de barrotes que les impedía el paso.

El 3991 cogió de un zarpazo a uno de los hombres por el pecho y lo arrojó por el aire al centro de la calle. Un golpe de mi mano de acero dejó al otro tendido en el piso echando sangre por la boca.

Nos alejamos de allí y seguimos por el centro de la calle en busca de la biblioteca. Los edificios eran cada vez más altos y esto impedía a los aviones atacarnos en picado con sus cañones. Los automóviles abandonados eran cada vez más numerosos y a nuestro paso se repetían las escenas de terror a que ya nos estábamos acostumbrando.

Casi de repente, vimos un camión pintado de verde que doblaba una esquina y se detenía con chirrido de frenos a una cuadra de distancia de nosotros. El camión iba repleto de hombres vestidos de pardo, los cuáles se cubrían las cabezas con unos caparazones de acero e iban armados de fusiles y grandes tubos metálicos para disparar cohetes.

Eran soldados.

Los soldados saltaron del camión y corrieron a agazaparse detrás de los automóviles y en los huecos de los portales, empezando a dispararnos desde allí con fusiles y ametralladoras.

De nuevo ante este acto de agresión, mi compañero y yo sentimos despertar en nosotros esa especie de instinto incontenible que nos obliga a arremeter contra toda persona, animal o máquina que comete un acto de violencia.

Ante el número de los agresores y la calidad de su armamento, nosotros abrimos el pequeño armario lateral y empuñamos decididamente nuestras pistolas atómicas.

Nos encontrábamos en medio de la calle y en este momento una bazuca hizo fuego desde el camión y un proyectil cohete cruzó la calle velozmente dejando tras sí un penacho de llamas y humo. El mortífero proyectil fue a dar de lleno en el pecho del 3991.

Hubo una ruidosa explosión y se vio a mi compañero saltar despedazado esparciendo muelles, pedazos de acero retorcido, bobinas, alambres y ruedas dentadas que se esparcieron por el asfalto rodando hacia el bordillo de las aceras.

Esto era demasiado. Disparé con mi pistola.

La diminuta bala atómica dio en el camión. Hubo una estruendosa explosión, y así como mi compañero había saltado despedazado, vi ahora saltar al camión en medio de una llamarada, despidiendo tablones, ruedas, ejes y soldados hechos pedazos por el aire a gran altura. El combate cesó allí en el acto, pues hasta los soldados que se encontraban más lejos del camión fueron aplastados contra los muros de los edificios y arrojados con violencia al suelo por la fuerza expansiva de la explosión. Saltaron los cristales de las ventanas y varias puertas fueron arrancadas. La calle quedó sembrada de los cadáveres de los soldados, los restos del camión y la lluvia de vidrios que caía desde las ventanas.

Un gran silencio se hizo a continuación de esta explosión. Seguí adelante sorteando entre los cadáveres y los restos del camión destrozado. Un poco más adelante vi en un escaparate muchos libros que mostraban sus brillantes cubiertas impresas con dibujos y colores muy atractivos. Era una librería.

Pensando que no había tiempo que perder me acerqué al escaparate, tiré el cristal abajo y cargué con un montón de libros. Llevando éstos bajo un brazo, la pistola atómica en la otra mano, volví atrás para regresar hacia el parque por el mismo sendero que había seguido al venir.

Mientras regresaba hacia el parque utilicé mi transmisor de radio para llamar a la aeronave. Me contestó el 4509.

-¿Ha sufrido daños la aeronave?

-No. Por el momento el casco resiste a las cargas de profundidad.

-Venid a buscarme.

-¿Ves muchos aeroplanos en el aire sobre nosotros?

En este momento alcanzaba el parque y podía ver el cielo sobre la bahía. Los aviones que descargaron sus primeras bombas se habían alejado, y en su lugar volvían otros formando una nube de lo menos medio centenar.

-Los aviones vuelven para atacar-informé a mis compañeros-. Emerged del mar disparando con vuestros cañones de luz sólida.

-Así lo haremos. Iremos en tu busca-repuso 4509.

Los aviones que, formando una nube volaban describiendo círculos sobre la bahía, eran, según advertí, más grandes y pesados que los aeroplanos que antes habían atacado a la aeronave. Mientras cruzaba el parque, tres aviones a chorro aparecieron volando bajo y vinieron derechos hacia mí con la evidente intención de acribillarme con sus proyectiles cohetes.

Aunque una pistola atómica no es el arma más adecuada para largas distancias, yo no disponía por el momento de otro medio de defensa, por lo que decidí utilizarla. Echándome de bruces junto a un árbol que más tarde

serviría para ayudarme a levantar, estiré mi brazo y tomé puntería sobre uno de los aviones que picaban hacia mí.

Los aeroplanos dispararon simultáneamente sus cañones y sus proyectiles cohetes. Vi perfectamente cómo los cohetes se desprendían de las alas de los aviones y surcaban el aire dejando atrás largos rastros de humo. Disparé mi pistola.

Las balas cayeron a mi alrededor y cerca de mí, un cohete hizo explosión levantando un surtidor de tierra con las que iban mezclados los arbustos arrancados de un seto. Otros dos proyectiles explotaron a mi derecha e izquierda, arrojando mucha tierra sobre mis espaldas.

Pero la puntería de un robot es infalible, porque dispara coordinando perfectamente el movimiento del blanco, la resistencia del aire y la velocidad e inclinación de los proyectiles. Uno de los aviones resultó alcanzado por mi ráfaga de proyectiles atómicos. El avión hizo explosión en el aire en medio de una deslumbradora llamarada y sus restos volaron en todas direcciones aventados por la tremenda fuerza de la explosión.

Los aviones pasaron rugiendo sobre mi cabeza. Volviéndome de espaldas contra el suelo levanté mi brazo y disparé de nuevo.

Uno de los aeroplanos, alcanzado en un ala, salió dando vueltas para ir a caer sobre uno de los barcos sujetos en el muelle. El avión hizo explosión en mitad de una gran bola de fuego y sus restos, al caer sobre el barco, provocaron a bordo de éste varios incendios que por el momento nadie se cuidó de apagar.

Apoyándome en el árbol que tenía al alcance de mi mano me puse en pie y miré hacia la bahía.

Nuestra aeronave emergía en este momento del agua y hacía funcionar sus proyectores de "luz sólida".

Los rayos de luz sólida de la aeronave, volviéndose con vertiginosa rapidez guiados por el ojo electrónico de nuestro "radar" fueron tocando a los aviones que volaban sobre la bahía. Cuando uno de estos rayos tocaba un aeroplano, ocurría una de estas dos cosas. El avión estallaba como una bomba, o bien se precipitaba en barrena para hacer explosión al caer sobre el mar o estrellarse sobre los tejados de la ciudad.

Ningún arma inventada por el Hombre puede igualar a la fuerza destructora de un dardo de luz sólida. Su fuerza de penetración es tremenda y no existe coraza ni muro que le detenga. Donde pega el rayo de luz sólida abre un agujero, lo mismo si se trata de acero, que de hormigón o de un ser humano.

La escena cambió en sólo cinco segundos. Descolgados del cielo por aquella fuerza irresistible, los aviones empezaron a caer aquí y allá, estallando en el aire, poniéndose en fuga los restantes.

Volando casi a ras del agua, la aeronave vino en dirección a mí. Al

llegar sobre el muelle se elevó ligeramente y pasando sobre los mástiles de los barcos vino a posarse a mi lado no lejos de donde había quedado nuestra averiada plataforma transbordadora. La portezuela se abrió, yo incliné la cabeza y rodé sobre la rampa de acceso entrando en el aparato.

Apenas estuve a bordo, mis compañeros cerraron la portezuela y gobernaron la máquina elevándonos sobre la ciudad ganando altura rápidamente.

Allá abajo, veíamos a través de la pantalla de televisión los incendios que los aviones derribados habían provocado en los muelles y la ciudad.

CAPÍTULO VI

El 4509 pilotaba ahora nuestra aeronave. Nueva York se hundió bajo nuestros pies entre bruma, pero en la cabina siguió reinando el silencio, hasta que encontrándonos de nuevo rodeados del negro espacio la señorita Hackney preguntó:

-¿Qué fue de Graham y Thomas? ¿No les habrá ocurrido nada malo, verdad?

-Escaparon. Apenas tocamos tierra echaron a correr. Todavía alcancé al señor Graham. ¿Y sabe qué me dijo? Dijo que éramos unos estúpidos por haber creído en sus patrañas. Yo le pregunto, Miss Hackney. ¿Qué son patrañas?

Sharlot Hackney me miró desconsolada.

-Una patraña es un engaño, Jim.

-Y un engaño es prometer cosas que luego uno no ha de cumplir, ¿no es cierto?

-Sí. Lo siento, Jim.

-Ustedes prometieron ayudarnos a conseguir los libros que hablan de su historia. Se ofrecieron a servir de intermediarios para hacer comprender a los habitantes de la ciudad que estábamos aquí guiados únicamente de buenas intenciones. ¿Quiere decir que nada de eso era cierto, Miss Hackney?

-Lo siento. Dijimos muchas tonterías y prometimos otras cosas que no podíamos cumplir. Su ingenuidad es realmente conmovedora..., y nosotros quisimos aprovecharnos de su buena fe para escapar.

-¿Por qué querían escapar? -pregunté-. ¡Se encontraban tan mal entre nosotros!

-Ustedes se portaron maravillosamente bien con nosotros. Sin embargo nadie puede sentirse enteramente a gusto privado de su libertad. Nosotros queríamos volver a nuestras casas..., con nuestros amigos, con nuestra gente. Todo hombre o mujer que es retenido contra su voluntad tiene derecho a servirse de cualquier subterfugio si con esto pueden lograr la libertad.

-Nunca les consideramos prisioneros. Si tanto ansiaban la libertad, debieron haberlo manifestado sin engaño.

-¿Usted cree? Ahora mismo yo me veo a bordo de esta aeronave contra mi voluntad. Si yo le digo que mi voluntad es ser devuelta a San Francisco ¿me llevarán allí?

Un robot nunca habla por hablar. Un robot siempre medita las palabras que va a decir, y yo medité las mías.

-No puedo hacer eso sin antes ponerlo en conocimiento del "Duic".

-Muy bien. Utilice la radio y comunique mi ruego a su "Duic". Dígale que no me siento a gusto aquí, que deseo regresar a mi casa.

-El "Duic" no se opondrá a que usted regrese a su hogar. Pero acaso ruegue nos dispense de no hacerlo por una razón. La necesitamos con nosotros. Necesitamos de una persona que sirva de mediadora entre los robots y los hombres de la Tierra.

Sharlot Hackney me miró fijamente unos instantes y luego preguntó:

-¿Qué es exactamente lo que se proponen. ¿No habrá un oculto intento de invasión detrás de sus promesas de que sólo desean intercambiar su cultura con la nuestra para marcharse en seguida?

-Todo lo que necesitamos es combustible para nuestras pilas atómicas y aceite lubricante para nuestras máquinas. Si los habitantes de la Tierra no quieren intercambiar con nosotros sus conocimientos, los robots no insistirán en darse a conocer por la violencia. Los robots detestamos la violencia.

-Pues no es eso lo que parece. He visto cómo sus rayos mortíferos derribaban un montón de aviones sobre la bahía. ¿Llaman también ustedes a eso convivencia pacífica?

-Ustedes nos trajeron aquí con engaño. Nos prometieron que los habitantes de la ciudad se mostrarían cordiales con nosotros. En lugar de eso, hemos sido recibidos con disparos. Dos de mis compañeros quedaron destrozados a las puertas de la ciudad. El robot detesta la violencia y por eso arremete contra ella allí donde se presenta. Los habitantes de la Tierra harán mal en atacarnos. Porque los robots tienen suficiente poder para arrasar sus ciudades y convertir en cenizas su planeta si nos incitan a ello.

Mis palabras parecieron impresionar a Sharlot Hackney. La muchacha guardó silencio unos minutos. Luego habló y dijo:

-Si usted cree que quedándome a su lado puedo prestar un servicio a los habitantes de la Tierra, permaneceré con ustedes todo el tiempo que sea necesario hasta que reine el entendimiento entre nosotros y ustedes consigan el combustible que necesitan para volver a partir.

Asentí en silencio. Poco después, nuestra aeronave llegaba al costado de nuestro vehículo interplanetario y por la exclusa convenida se introducía en el interior de la gran esfera hueca.

Mientras mis compañeros conducían a Sharlot Hackney a la casa climatizada y oxigenada, yo fui a presentarme al "Duic".

La conclusión a la cual lógicamente llegó el "Duic" después de escuchar mi informe fue que la Tierra era un mundo poblado por locos. Nuestro primer intento de establecer conversaciones amistosas con los terrícolas había fracasado. Para un segundo intento procuraríamos estar mejor informados acerca del carácter y las costumbres del pueblo terrícola.

-Que la mujer rubia te enseñe a leer en sus libros, -me dijo el "Duic"-.

Ya que el Hombre de la Tierra no quiere conocernos, nosotros trataremos de comprenderles a ellos a través de su historia y su cultura.

Regresé junto a la señorita Hackney y le expuse el parecer de nuestro "Duic".

-¿De veras cree usted que podrá aprender a leer? -preguntó la señorita Hackney con expresión de incredulidad.

-Sí. Como aprendí a hablar.

-Muy bien, hagamos la prueba.

Los libros estaban sobre la mesa y Sharlot Hackney tomó uno de ellos al azar. Abriendo la primera página me señaló las primeras letras de la primera línea.

En mis ojos electrónicos, una pequeña retícula enfocó la primera palabra y mi oído captó la traducción tal como la pronunciaba la muchacha. Un robot no solamente puede fijar en su memoria lo que oye, sino de igual manera recuerda lo que ve. Grabando cada imagen junto a su traducción literal, este robot siguió mirando y escuchando.

Después de haber leído la primera y la segunda página, Sharlot Hackney se volvió a mí, que estaba de pie tras ella y me miró.

-¿De veras va aprendiendo algo?

-Probemos. Abra el libro por una página cualquiera más adelante.

Sharlot Hackney lo hizo así. Yo leí la primera línea saltando sobre unas cuatro o cinco palabras que todavía no conocía.

- ¡Es asombroso! -exclamó Sharlot Hackney-. ¿Cómo puede hacerlo?

-Es muy sencillo. Mi memoria electrónica es como un gran casillero. Dentro de cada casilla, junto a cada palabra en lengua rangolina, he archivado su equivalente en inglés. No se trata pues sino de llevar a su casilla correspondiente cada palabra escrita en inglés. Cuando yo pienso lo hago en rangolino, pero al hablar conecto el canal que venía hasta el vocabulario inglés. De esta forma, en vez de salir de cada casilla la palabra en rangolino, la palabra que brota por mi altavoz sale en lengua inglesa. A la recíproca, cuando usted me habla en inglés, sus palabras entran por mis audífonos, cada una va buscando en el casillero el lugar que le corresponde, y así la palabra que escucho y la que tengo archivada se identifican, brota automática su traducción en rangolino dentro de mi cerebro. Lo mismo ocurre ahora con las palabras escritas. Junto a cada palabra en inglés, fijo en mi memoria su aspecto en caracteres escritos. Mis ojos leen la palabra, la imagen recorre mi memoria hasta encontrar el margen que se le corresponde, entonces brota la palabra, ésta hace sonar automáticamente su traducción en rangolino..., y yo percibo en mi propio idioma lo que han leído mis ojos.

-Todo eso es demasiado complicado para mí -dijo la señorita Hackney echándose a reír.

Nunca la había oído reír desde que la conocía y para este robot fue una experiencia nueva e inolvidable.

-¿Ya no me tiene miedo? -le pregunté de pronto.

La mujer dejó de reír y me contempló largamente con sus bonitos ojos azules.

-No, Jim. No le temo. En realidad dejé de considerarle como una simple máquina desde el momento que al hablarle usted me contestó en mi propio idioma. Esto parecerá absurdo, pero creo que es usted una "buena máquina".

Si un robot tuviera la facultad de reír, este robot se habría reído también entonces.

-No hay máquinas buenas ni malas, señorita Sharlot. Solamente máquinas -contesté.

La delicada manita de la mujer se posó sobre mi grande y pesada mano de acero.

-No, no es así. ¡Dios mío, si hasta me parece percibir cierta nota de melancolía en su voz! -exclamó.

Por supuesto eran puras figuraciones de la señorita Hackney. Un robot puede pronunciar sus palabras en tono más fuerte o más bajo, más grave o agudo, pero no hay inflexión en su acento. Su voz es metálica y dura. En el pecho del robot no hay un corazón que haga vibrar las fibras sensibles del sentimentalismo.

-Sigamos con la lectura. Todavía hay muchas palabras que no comprendo -dije.

Dos horas más de lectura me capacitaron para leer por mí mismo cualquier clase de libro. Más tarde surgirían palabras nuevas que, no estando contenidas en el libro donde yo aprendí, no llegaron a ser grabadas en mi memoria. En ocasiones posteriores, cuando surgió en mí alguna de estas dudas, acudí a la señorita Hackney en busca de aclaración.

La capacidad de lectura de un robot es extraordinaria si se la compara con el ser humano. El pensamiento del robot trabaja con velocidad eléctrica, infinitamente más aprisa que el pensamiento, el ojo y el oído humano.

-Si usted quiere ir volviendo las páginas del libro, yo seguiré leyendo para mí -le dije a Sharlot Hackney.

La muchacha tomó otro libro del montón, lo abrió por la primera página sobre la mesa. Yo le eché un vistazo.

-Ya está. ¿Quiere volver la otra página?

- ¡Dios mío, no es posible que haya usted leído toda la primera página de un tirón!

-Sí, la he leído y leeré las demás casi tan aprisa como usted las vaya volviendo-aseguré.

La muchacha me miró con expresión aterrada.

-Jim, empiezo a preguntarme si es usted realmente una máquina o un monstruo.

En este momento comprendí algo que ya venía sospechando. Cuando el Hombre construyó al robot, algo debió escapársele impensadamente. O algo de su propio ser quedó reflejado en el intrincado mecanismo de una máquina electrónica. Lo cierto fue que al oír las palabras de la señorita Hackney este robot sintió dentro de sí una cosa extraña..., una cosa jamás sentida, algo que de pronto me hizo desear ser Hombre en vez de máquina.

-Tiene usted razón, Sharlot. Ni soy hombre ni soy ya una simple máquina. Quizás sea un monstruo, pues habiendo sido creado por el Hombre siento dentro de mí que me subleva la idea de ser una máquina pura..., y maldigo del Hombre que me creó imitando torpemente la obra del Creador. Porque Dios creó al hombre y le infundió alma. Pero el hombre creó sus máquinas y sólo logró monstruosidades.

La muchacha me contempló ahora con expresión aterrada. Retrocedió ante mí. De pronto lanzó una exclamación, dio media vuelta sobre sus tacones y echó a correr entrando en el dormitorio y cerrando de un portazo.

La lectura de los libros cogidos en Nueva York no aportó apenas un solo conocimiento útil a nuestra curiosidad. Todos los libros se referían a historias de unos personajes absurdos que se movían en un ambiente incomprensiblemente enrarecido para nuestra mentalidad de máquinas.

Hasta que Sharlot Hackney no se levantó unas horas más tarde, no supe que aquellos libros se llamaban novelas, y que la historia que en ellos se contaba era producto de la inventiva de un hombre llamado "escritor".

Si un robot fuera capaz de sentir alguna cosa, el "Duic" se habría sentido decepcionado al saber esto. Por el contrario el "Duic" acogió con el estoicismo propio de una máquina nuestro fracaso. Lo único que dijo fue:

-Hay que ir a buscar nuevos libros. Mientras tanto ve a contarle a la "gran memoria" lo que has aprendido.

Lo hice así. Una conexión eléctrica vertió en la "gran memoria" mis recién adquiridos conocimientos de lector. A su vez, la "gran memoria trasladó su experiencia a la memoria del "Duic" y un par de centenares de robots que iban a ser utilizados como traductores..., suponiendo que pudiéramos conseguir los libros de la historia y la cultura terrestres que deseábamos.

Al regresar a la habitación de Sharlot Hackney encontré a ésta sentada ante el receptor de televisión. Con gran admiración vi que el hombre que aparecía en la pantalla y hablaba en aquellos instantes era Dick Graham.

Al parecer, Dick Graham se aprovechaba de sus últimas experiencias junto a nosotros para extender a toda la Tierra su popularidad. En efecto Graham se había presentado ante los periodistas envuelto en la aureola de

un héroe, pues él y Lawrence Thomas eran los únicos hombres de la Tierra que habían estado en nuestra cosmonave y habían hablado con los robots, consiguiendo regresar sanos y salvos a la Tierra.

Al entrar yo en la habitación, vi que Graham estaba acabando de relatar sus aventuras desde el momento que le secuestramos en la Quinta de mistress Goodwin, en la costa del Pacífico. Graham concluyó su narración diciendo que se había librado de mí propinándome un empujón y luego, clavando sus ojos fijamente en el telespectador, dijo con voz emocionada:

-Señorita Hackney, si me está usted viendo o escuchando desde la cosmonave, le diré solamente una cosa. No crea en los embustes de esos diabólicos robots. En realidad, aquí nadie cree que se trate de máquinas sin control humano. Es seguro que hay alguien detrás de toda esta comedia tratando de engañarnos. La intención evidente de los hombres que tripulan esa máquina es atacar a la Tierra para invadirla con sus malditas máquinas. No sabe cuánto siento que tuviéramos que dejarla en aquella aeronave por culpa de ese tozudo robot a quien usted llama Jim. Créame que si pudiera salvarla a costa de mi propia vida no vacilaría.

-Dick Graham es un embustero -dije con voz fuerte.

Sharlot Hackney se volvió en la silla y me miró con melancólicos ojos.

-Conozco a Graham -dijo la muchacha-. Sé que es fatuo, egoísta y que miente al asegurar que daría su vida por la mía. Dick Graham es incapaz de sacrificarse por nadie, pero hablando así consigue un fin teatral para su narración y crea en sus oyentes la falsa idea de que es un hombre valiente y sincero.

-También es falso que haya ni un solo ser humano controlándonos de cerca ni de lejos -aseguré-. Ningún ser humano habría sido capaz de sobrevivir a un viaje tan largo desde Rangol.

-Le creo. Sin embargo, esa afirmación, reiterada una y otra vez por ustedes, más bien les perjudica en vez de beneficiarles. El mundo, nuestro mundo quiero decir, se sentiría más inclinado a creerles y esperar una forma de relaciones amistosas, si creyera que a bordo de esta máquina hay seres humanos, distintos quizás fisiológicamente, pero con un corazón y un espíritu humanos. El mundo jamás creerá que un puñado de máquinas, por sí solas, hayan sido capaces de realizar tan largo viaje desde su lejano planeta. Y si algún día llegan a creerlo, entonces será peor. El Hombre de la Tierra no puede esperar de unas máquinas irracionales otra cosa sino la destrucción y la guerra.

-No hemos venido aquí para guerrear.

-Sí, lo sé. Personalmente les creo, pero nadie más les creerá. Para estimular la comprensión del terrícola, ustedes deberían empezar por mostrarse a sus ojos.

-Nosotros deseamos mostrarnos a sus ojos. Son ellos los que apenas nos

ven echan a correr como ratas asustadas.

-Debe haber alguna forma de arreglar esto. Esta intervención de Dick Graham a través de la televisión me ha dado una idea. ¿Podrían ustedes televisar mi imagen de forma que un gran número de receptores en los Estados Unidos pudieran verme y oírme?

-Sí. Nuestro emisor de televisión es tan potente que anularía todas las demás emisiones sobre los Estados Unidos y sólo la verían y la escucharían a usted.

-Vaya a consultar mi idea con el "Duic". Si el "Duic" lo aprueba, yo hablaré por la televisión a mis compatriotas y trataré de tranquilizarles respecto a las verdaderas intenciones que les animan a ustedes.

La idea me pareció buena. Salí de la habitación y fui una vez más a presentarme ante el gran ojo de nuestro "Duic".

-Que la mujer hable a sus compatriotas -dijo el "Duic"-. Lo dispondré todo para que esta emisión pueda realizarse dentro de una hora.

Una hora más tarde, Sharlot Hackney estaba de pie ante nuestras cámaras de televisión. La señorita Hackney relató su aventura tal como ésta en realidad había ocurrido, difiriendo en algunos puntos de la grabación fantástica de Dick Graham. Luego aseguró que se encontraba bien, que estaba a bordo de nuestra cosmonave por su voluntad y que regresaría a la Tierra para entrevistarse con el Presidente de los Estados Unidos, si éste accedía a recibirla como emisaria de los robots. Los robots, dijo, sólo pretendían curiosear en nuestras costumbres, transmitir a los terrestres el mensaje de amistad de la humanidad de Rangol y a continuación emprender el viaje de regreso a su patria si los terrícolas les proporcionaban combustible radiactivo y aceite lubricante para sus máquinas.

-Esperaré la respuesta del Gobierno Norteamericano tanto tiempo como sea necesario -terminó diciendo Sharlot Hackney-. Para mi familia y mis amigos un cordial saludo, y para ustedes señoras y señores... unas súplicas a la comprensión y la serenidad. Los robots no son malos. Ustedes también les querrán cuando les conozcan.

Como era de esperar, el mensaje televisado de la señorita Hackney causó honda conmoción tanto en los Estados Unidos como en el resto del planeta. Apenas una hora más tarde, las emisoras de radio y televisión de todo el mundo comentaban este mensaje interpretándolo de mil distintas maneras.

La opinión más generalizada, sin embargo, era que la señorita Hackney había actuado ante la televisión desde nuestros estudios de la cosmonave bajo la influencia de una droga hipnótica, mediante la cual se le obligaba a decir cosas que no eran ciertas y que ella no habría querido decir en circunstancias normales. Los comentaristas de radio insistían en su creencia

de que nuestra colonia de autómatas era controlada por un determinado número de seres. Seres humanos, distintos del terrestre, acaso en forma de pulpo y animados de las más perversas intenciones.

-¿Por qué se empeñan en suponer solamente lo peor? -pregunté a la señorita Hackney.

-No lo sé, Jim. Debe haber algo en el corazón humano que le inclina instintivamente hacia la maldad. Quizás porque muy pocos son capaces de abrigar intenciones honradas hacia sus semejantes, hay una inmensa mayoría de gente animada de todos los malos instintos que es capaz de albergar el corazón humano. Mi consejo es que se vuelvan ustedes a Rangol. Los rangolitas nada tienen que aprender de la Tierra.

-Pero los terrestres sí tienen que aprender de los rangolitas -insinué-. Hay muchas cosas que podríamos enseñarle al terrestre y que evitarían a éste largos siglos de estudio, de investigaciones y fracasos. ¿Es posible que nadie se niegue a aprender aquello que le ha de beneficiar?

-No hay ser más ciego que aquél que se empeña en no ver, Jim -murmuró la muchacha con tristeza-. Tal vez, para que nuestra sociedad se corrija de sus defectos, tengamos que recorrer ese largo camino de sufrimiento, de guerras y errores hasta encontrarnos a nosotros mismos. Seguramente no merecemos la ofrenda de su cultura y alta técnica que ustedes están dispuestos a ofrecernos. Y si no lo merecemos ¿a qué perder su precioso tiempo con nosotros?

Quedé en silencio haciendo funcionar larga e intensamente las células de mi cerebro electrónico.

-¿Qué cree usted que debemos hacer?

-La única ley efectiva del ser humano es la ley de la fuerza. Si ustedes necesitan uranio y petróleo, no vacilen. Tómenlo donde lo haya y después márchense.

Cuando más tarde comuniqué al "Duic" el pensamiento de Sharlot Hackney, nuestra máquina puso a funcionar sus válvulas electrónicas y estudió minuciosamente cada aspecto de tan delicada cuestión como un jugador de ajedrez estudia todas las jugadas que pueden producirse de resultas de mover determinada pieza.

Así como el fin del jugador de ajedrez es capturar al rey contrario, la finalidad de nuestro viaje era estudiar la civilización terrestre y regresar a Rangol para presentar un informe completo de cuanto habíamos visto.

En la mentalidad de una máquina no cabe siquiera la idea de la excusa. Una máquina ejecuta siempre el trabajo que se le ordena y se destroza en el intento antes que cesar en él.

-Bajaremos a la Tierra -dijo el "Duic"-. Anclaremos nuestra cosmonave ante la sede de las Naciones Unidas y no nos moveremos de allí hasta que nos hayan escuchado.

Para el terrícola, ésta puede parecer la resolución más absurda de cuantas podíamos tomar. Pero no se olviden que nosotros somos máquinas que debemos obediencia ciega al Hombre que nos creó.

CAPÍTULO VII

El Hombre de la Tierra no ha olvidado seguramente aquel mensaje, que difundido al éter desde nuestra emisora, puso en ascuas la opinión pública y abocó al mundo a un estado de terror.

Fue la voz de Sharlot Hackney, quien atendiendo a nuestro ruego transmitió el mensaje más sensacional que registra la historia de la Tierra.

"Atención América. Habla el comandante robot de la misión expedicionaria rangolina. Como protesta ante la actitud agresiva de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América, la cosmonave rangolina amerizará en las próximas horas en la bahía interior de Nueva York. Los emisarios rangolinos lamentan el incidente que esta mañana ocasionó la muerte de varios soldados y algunos agentes de policía de la ciudad de Nueva York. A su vez, el comandante de la expedición rangolina quiere hacer constar el carácter pacífico de su misión, prometiendo que ni máquinas, ni propiedades, ni vidas sufrirán daño si todo el mundo se ajusta a las instrucciones que vamos a dictar. Primero: las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos renunciarán a cualquier acto de agresión que, por contrapartida, podría ocasionar la represalia instantánea y enérgica con todos los medios defensivos y ofensivos que posee nuestra cosmonave. Segundo: todos los vuelos de aeronaves militares y comerciales quedarán suspendidos en un radio de quinientas millas alrededor de Nueva York. Tercero: a partir de la media noche de hoy, la navegación quedará suspendida en toda el área de la bahía interior de Nueva York. Los barcos se retirarán a los muelles y las embarcaciones sujetas en el puerto reforzarán amarras. Ningún barco entrará a la bahía mientras permanezca allí anclada la cosmonave rangolita. El comandante robot de la expedición rangolita ruega al Gobierno Norteamericano y a los representantes de las Naciones Unidas delegados permanentes de esta Organización, consideren formalmente la propuesta rangolita de efectuar un intercambio amistoso y comparativo de las culturas rangolina y de la gran nación terrícola. No siendo el propósito de esta expedición permanecer en la Tierra más tiempo del estrictamente necesario, nuestra cosmonave regresará al espacio así haya sido atendida en su petición de combustible radiactivo y aceite lubrificante para sus máquinas. Los habitantes de Nueva York deben permanecer tranquilos en sus casas, ya que nadie, repito, se encuentra en peligro, ni en persona ni en las personas de sus familias, ni en sus bienes y propiedades. Eso es todo".

Al terminar de radiar este mensaje, Sharlot Hackney se volvió a mí y

me miró.

-Es muy arriesgado lo que ustedes quieren hacer, Jim -aseguró moviendo la cabeza-. Temo que su tranquilizador mensaje tenga un resultado contraproducente.

-¿Quiere usted decir que no nos creerán?

-El miedo no conoce la reflexión. Tenga usted presente que el "Duic" no esperará siquiera recibir el visto bueno de las autoridades americanas para proceder a su amerizaje. Ese tono arrogante de *"lo hago porque puedo"* no va a gustarles a los norteamericanos.

-Lo siento. No hay otra forma mejor de proceder en este caso.

-¿No cree que la decisión del "Duic" peca de precipitada?

-La decisión de un "Duic" nunca es precipitada. Si nuestro "Duic" ha decidido llevar la cosmonave a la bahía de Nueva York, es porque ha examinado todas las restantes posibilidades, deduciendo del examen comparativo de todas ellas que ésta es la mejor.

Sharlot Hackney levantó los hombros exhalando un suspiro.

Esto ocurría cuando allá en Nueva York el sol se ponía tras el horizonte. Nuestra cosmonave giraba en una órbita de satélite alrededor de la Tierra, más habiendo acomodado su velocidad a la velocidad de giro del planeta permanecíamos, aunque en movimiento, fijos en un punto del espacio perpendicularmente sobre Nueva York.

En aquellos momentos, nuestra cosmonave era visible desde el occidente de Europa en forma de un enorme globo gigante inmóvil en el cielo. Poco después, al ponerse el sol, nuestra cosmonave fue visible también para los aterrados habitantes de Nueva York.

Como terrícola y norteamericana, Sharlot Hackney conocía mejor que nosotros el carácter de sus compatriotas. Nuestro mensaje, pese a su carácter tranquilizador, no logró el objeto apetecido por nosotros. El miedo no reconoce reflexión, había dicho Sharlot Hackney. Y estaba en lo cierto.

Apenas el mensaje de nuestro "Duic" fue recogido en los receptores de radio de los habitantes de la ciudad, se produjo un movimiento general de pánico. Los neoyorquinos, temiendo las consecuencias que pudieran sobrevenir, se apresuraron a liar sus mantas, se lanzaron a la calle y saltaron sobre sus automóviles lanzándose en alocada e irreflexiva fuga. Antes de las dos de la madrugada, cuando nuestra cosmonave descendía lenta sobre la ciudad, todas las carreteras que conducían a Nueva York se hallaban bloqueadas por el tráfico. Este era particularmente intenso a través de los puentes y los túneles que unen el barrio de Brooklyn y Queens a la isla de Manhattan, y de ésta a la orilla opuesta del río Hudson, en el vecino estado de Nueva Jersey. Allí, los automóviles se tocaban unos con otros sin que la policía situada a los extremos de los accesos pudiera dar salida a aquella avalancha de máquinas tripuladas por tres millones de

neoyorquinos frenéticos y enloquecidos por el miedo.

Mientras esto ocurría en la ciudad, nuestra cosmonave seguía descendiendo, mostrándose a los ojos de los terrestres envuelta en un halo de color verde- azulado.

A las cuatro de la madrugada, aquel enorme globo luminoso se encontraba a sólo 50 kilómetros de altura sobre la ciudad y ofrecía un aspecto impresionante.

Todo esto podíamos verlo a bordo de la cosmonave tal como lo veían los habitantes de Nueva York y el resto del país, pues teníamos gran número de cámaras de televisión enfocadas sobre nosotros, y nuestros televisores estaban recogiendo las imágenes de nuestro propio amerizaje.

Poco después de las cinco, los exasperados conductores que se encontraban bloqueados por el tráfico en sus automóviles en los puentes de Brooklyn, Manhattan y Williamsburg, vieron cómo una esfera gigantesca de milla y media de diámetro se deslizaba por encima de los rascacielos y, siempre envuelta en aquel fantástico halo color verde-azulado, iba a posarse en el centro de la bahía.

Durante las primeras horas de la noche, después de recibirse el mensaje radiado hasta las doce, la mayoría de los barcos que pudieron hacerlo abandonaron la bahía de Nueva York abarrotados de gente. Los buques que todavía permanecían en los muelles habían reforzado sus amarras, y los que no lo hicieron tuvieron que lamentarlo.

Al dejarse caer en el centro de la bahía, aunque lo hizo suavemente, la mole de nuestra cosmonave desplazó a su alrededor una enorme ola que, formando un círculo que se ensanchaba rápidamente, fue a batir contra los muelles de Manhattan, Brooklyn y la península de Bayona, en el vecino estado de Nueva Jersey. Las aguas de la bahía subieron tres pies de nivel, y aquella impetuosa ola levantó en el aire y arrojó sobre los muelles las embarcaciones que no habían sido debidamente amarradas.

La ola desplazada por el impacto de la gigantesca mole en la bahía, originó una marea que subió por el río Hudson a gran distancia, batiendo contra la pequeña isla Wellfare, que sostiene los pilares del puente de Queensboro.

Al amanecer, la señorita Sharlot Hackney y yo nos encontrábamos sobre el mirador en el punto más alto de nuestra cosmonave, contemplando la ciudad que iba surgiendo entre la bruma matutina.

Muy cerca, a nuestra derecha, veíamos las dársenas de Brooklyn donde la marea provocada por nuestra cosmonave había ocasionado el hundimiento de muchas embarcaciones pequeñas. Ante nosotros veíamos Governos Island, y más allá de ésta veíamos levantarse los rascacielos de Manhattan. A nuestra izquierda podíamos ver la península de Bayona, y a la izquierda y atrás la isla de Richmond, y en ésta las grandes factorías que

se extienden por la orilla de la Bahía.

A 2.500 metros de altura sobre el mar, la estatua de la Libertad era un pigmeo y la vista se tendía muy lejos sobre los edificios hasta los verdes campos de Nueva Jersey.

Señalé una serie de grandes depósitos que empezaban a brillar con reflejos plateados a la naciente luz del sol.

-¿Qué es aquello?

-Una refinería de petróleo.

-¿Hay allí aceite lubrificante?

-Sí.

Miré con redoblado interés la factoría. Estaba tan cerca de nosotros que a nuestras plataformas transbordadoras les llevaría muy poco tiempo volar hasta allí y hacer varios viajes de ida y vuelta acarreando centenares de aquellos barriles de aceite que podíamos ver alineados en los muelles.

Sin embargo, a menos que fuese absolutamente necesario, teníamos el propósito de no tomar por la fuerza lo que pudiéramos obtener de buen grado.

Después de permanecer un largo rato en nuestro observatorio, la señorita Hackney manifestó sentir frío. Ella vestía todavía su traje de noche, sucio ahora y arrugado, sobre el cual llevaba echada la chaqueta que le cedió Dick Graham. Tomando el ascensor volvimos al centro de la cosmonave.

A bordo de la cosmonave, la tripulación robot se mantenía en constante estado de alerta. Nuestros aparatos detectores, un sistema de radar más perfeccionado que el de los terrestres, escrutaban el espacio siguiendo los movimientos de algunos aviones que, desoyendo el aviso dado por radio, volaban a distancias intermedias entre las 50 y 200 millas de distancia.

Pese a esto, nuestros cañones permanecieron silenciosos e inactivos, lo cual señalo como demostración de que los robots apuramos toda nuestra paciencia antes que ocurrieran los hechos que a continuación relato y tuviéramos que responder a la provocación americana.

Cámaras de televisión enfocadas sobre nosotros desde el parque de la Batería, sobre la estatua de la Libertad y algunos rascacielos, nos mostraban al resto del mundo como bichos curiosos, en tanto que los locutores hacían comentarios a las intenciones que nos animaban y la confusión reinante no sólo en la ciudad, sino también entre los representantes de las Naciones Unidas reunidos en sesión permanente.

En efecto, la confusión y el nerviosismo presidían las discusiones que se llevaban a cabo en el cercano edificio de las Naciones Unidas, pues nuestra presencia en Nueva York era interpretada como signo de un gesto arrogante de poderío y confianza en nosotros mismos y en nuestros medios de destrucción.

Simultáneamente, según sabríamos después, otras consultas, entrevistas y discusiones, tenían lugar al mismo tiempo en Wàshington, donde los altos jefes del Ejército y la Armada de los Estados Unidos, reunidos en una atmósfera de nerviosismo, se mostraban partidarios de un ataque sorpresivo con todas las armas disponibles. A esto se negaban las autoridades civiles, no sólo por el temor a una posible represalia, sino porque nuestra cosmonave estaba allí en Nueva York, y la ciudad entera corría riesgo de quedar destruida si intentaban destruirnos utilizando bombas atómicas y de hidrógeno.

Pocos después del mediodía, una consulta desde Wàshington animó a los representantes de las Naciones Unidas a recibirnos.

Nuestros receptores de radio y televisión seguían sintonizando las emisoras neoyorquinas y algunas de Wàshington. A las 12 y 30 minutos el Presidente de la Comisión Permanente de la ONU compareció ante las cámaras de televisión y se dirigió por primera vez directamente a los robots.

"El Consejo de Seguridad de la ONU está dispuesto a recibir a la delegación rangolita y a escuchar cualquier proposición que ésta desee elevar a la organización mundial. Esta Comisión ruega a los señores delegados de la misión rangolina se presenten en el edificio de las Naciones Unidas esta tarde entre las dos y las tres horas. La Comisión rangolina tiene todas nuestras garantías de seguridad y respeto a sus personas"

Todas las emisiones de radio en inglés que nuestros receptores estaban captando, eran enviadas directamente a nuestro "Duic", el cual me llamó instantes después y me dijo:

-Tomarás una aeronave y a las dos en punto de la hora terrestre te dirigirás a la ciudad para presentarte a la Comisión del Consejo Permanente de Seguridad de la ONU. Expondrás a la Comisión nuestros puntos de vista. Hablarás al Hombre y le dirás que los robots no abrigan ninguna intención hostil contra su planeta. Todo lo que pedimos es un intercambio de nuestras culturas respectivas, y después combustible fisionable para nuestras pilas atómicas y aceite lubrificante para nuestras máquinas. Que la Mujer te acompañe. Si encuentras alguna dificultad para hacerte entender de los terrícolas, la Mujer podrá ayudarte.

Volví a reunirme con Sharlot Hackney y le dije lo que esperábamos de ella.

-Cuenten conmigo si en algo puedo ayudarles -dijo la señorita Hackney.

A las dos de la tarde, hora de la costa del Atlántico, nos dirigimos al hangar en busca de la aeronave. El "Duic" ya había impartido las instrucciones necesarias para la puesta a punto de la máquina. Seis robots

me acompañarían; cuatro de ellos para servirme de escolta, y los otros dos para guardar la aeronave mientras nosotros íbamos al edificio de las Naciones Unidas a entrevistarnos con los representantes de las naciones.

Faltando unos minutos para las dos, nuestra aeronave sobrevoló la bahía y fue a posarse en el parque de la Batería, donde el día anterior había quedado abandonada nuestra plataforma transbordadora.

Varios automóviles y motocicletas de la Policía neoyorquina nos estaban esperando. Sharlot Hackney se adelantó hacia el hombre que mandaba a los policías y habló unas palabras con éste. Luego regresó junto a mí y me dijo:

-Sigan al automóvil que encabezará la comitiva. Yo iré en ese coche.

Tres motocicletas se pusieron a la cabeza de la comitiva haciendo sonar sus sirenas. Erróneamente, yo había creído que la ciudad estaba completamente deshabitada. Pero no era así. Mientras íbamos hacia el edificio de las Naciones Unidas, un gentío bastante considerable se apiñaba a uno y otro lado de las aceras y presenciaba nuestro paso desde las ventanas de los edificios.

Ante la sede de las Naciones Unidas la señorita Hackney se apeó del automóvil y vino hacia mí.

-La Comisión nos está esperando. Entremos.

Entramos en el edificio.

En una gran sala, con muchas líneas de bancos y pupitres dispuestos en semicírculo, nos esperaban los delegados de las Naciones Unidas. Al avanzar por el pasillo detrás de la señorita Hackney reinaba en aquella sala un silencio de tumba. La joven me condujo hasta la mesa del Presidente, el cual tenía a cada lado a un ayudante.

De pie ante el Presidente expuse clara y brevemente nuestros deseos y necesidades. Me escucharon hasta el fin sin una sola interrupción. Luego el Presidente habló y dijo:

-Esta Presidencia toma nota de las palabras del delegado rangolita. Su petición será presentada a la Comisión Permanente de las Naciones Unidas para su examen. El Comandante de la cosmonave rangolita será informado oportunamente de las decisiones que finalmente adopte esta Comisión.

Yo seguía allí, no muy seguro de haber entendido lo que el Presidente quería decir, cuando la señorita Hackney me tocó en el brazo y dijo:

-Vamos, la entrevista ha terminado.

-¿Tan pronto?

El Presidente, después de vacilar unos instantes, dijo:

-¿Me permite una pregunta el delegado rangolita?

-Sí. Cualquier clase de pregunta.

-¿Es usted realmente una máquina, o más bien tripula esta máquina robot?

-No acabo de comprenderle.
Sharlot habló y dijo:
-El señor Presidente quiere saber si dentro de usted hay alguien que habla por su boca y controla todos sus pasos guiándole como guiaría un automóvil.
-Soy un robot.
-¿Nada más que un robot?
-Robot V-3808. Esa es mi serie y mi número.
Entre los delegados se produjo un rumor de decepción y desagrado.
-¿Quiere hacernos creer que usted, un simple robot, posee facultad y poder suficientes para mandar esa gran cosmonave y decidir en cuestiones de política como si realmente fuera una persona?
-Este robot no es más que una máquina entre otros muchos miles de máquinas a bordo de nuestra cosmonave. El "Duic" es nuestro comandante.
-¿Quién es ese "Duic"? ¿Es una persona?
-Es otra máquina. Pero mucho más grande, más complicada y capaz que cualquier robot. El "Duic" es quien manda la cosmonave y toma todas las decisiones por nosotros.
-¿Quiere decir que una máquina llamada "Duic" es "toda" la inteligencia que hay a bordo de la cosmonave?
-El "Duic" es parte de nuestra inteligencia, pero hay Otras máquinas que le ayudan, como por ejemplo la "Gran Memoria".
Después de mis últimas palabras reinó un silencio estupefacto en la sala. La opinión de este humilde robot es que los dignos representantes de las Naciones de la Tierra se sentían defraudados y disgustados.
-¿Y es usted, un simple robot entre tantos, a quien su "Duic" ha designado para venir a entrevistarse con esta Comisión? -preguntó finalmente el Presidente.
-Este robot es tan bueno como otro cualquiera, con la ventaja de poseer toda la experiencia que ha conseguido a través de la señorita Hackney.
El Presidente se rascó la barbilla, me miró y dijo:
-A propósito de la señorita Hackney. ¿Le importa que ella se quede en la ciudad mientras usted regresa a la cosmonave? Tal vez después de charlar con la señorita Hackney podamos entender mejor este asunto.
Miré a Sharlot Hackney. La joven me sonrió y dijo:
-No se preocupe, Jim. Sabré defender su posición tal como usted desea.
-No hay inconveniente en que la señorita Hackney se quede -dije.
Y haciendo seña a mis compañeros para que me siguieran abandoné la sala.
Poco después, volvíamos a recorrer las calles de Nueva York detrás de los policías que nos abrían paso con sus aullantes sirenas. En el parque, los operadores de una emisora de televisión tenían enfocada sobre nuestra

aeronave el objetivo de sus cámaras.

Mientras cruzábamos el parque hasta nuestra aeronave, y después mientras nuestra máquina se elevaba de regreso a la cosmonave, las cámaras de televisión seguían fijas sobre nosotros.

CAPÍTULO VIII

Mientras los robots esperábamos pacientemente en nuestra cosmonave, los sucesos se precipitaban en Nueva York en forma que nosotros ni siquiera sospechábamos.

Después de nuestra partida, Sharlot Hackney había sido llevada a otro departamento del edificio de las Naciones Unidas, donde estaba siendo esperada por una comisión de altos jefes militares de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, los cuales acababan de llegar a la ciudad.

El general Galvins, uno de los jefes del Estado Mayor General, fue quien se encaró con Sharlot Hackney diciendo:

-Usted que ha convivido por espacio de varios días con los robots, miss Hackney ¿está dispuesta a contestar a una serie de preguntas que sobre los mismos vamos a formularle?

Sharlot dijo que estaba dispuesta a contestar cuanto se le preguntara, siempre que supiera la respuesta.

Como antes había ocurrido en la sala de los delegados de las Naciones Unidas, los jefes, generales y almirantes de las Fuerzas Armadas preguntaron también si Sharlot Hackney creía o tenía pruebas de que toda la gente que tripulaba nuestra cosmonave eran máquinas robot pensando y actuando por cuenta propia, sin intromisión de ningún ser humano.

-En los días que he vivido con los robots no he visto ni un solo ser humano ni sorprendido indicios de que tal ser exista a bordo de la cosmonave -repuso la señorita Hackney-. Mis conocimientos acerca de la electrónica no me permiten opinar de una manera autorizada en este asunto. Lo que yo digo es que si en un planeta lejano llamado Rangol existe una Humanidad capaz de crear unas máquinas tan perfectas, no debería ser imposible que un grado tal de perfección técnica les hubiera permitido también crear en la mentalidad de estas máquinas una conciencia regida por los mismos principios que rige las actitudes y las reacciones de los hombres de Rangol que las crearon.

En los altos jefes militares, las palabras de la señorita Hackney sembraron la confusión, la duda y el desconcierto.

Dijo el almirante Stracher:

-Los robots han asegurado que sólo pretenden intercambiar su cultura con la nuestra y recibir combustible fisionable para sus motores atómicos, al parecer para partir en viaje de regreso a su lejano mundo. ¿Hasta qué punto podemos considerar sinceros a esos robots? ¿No es posible que, por el contrario, su propósito sea más bien conseguir materia fisionable y aceites lubrificantes suficientes para emprender en gran escala un intento de invasión contra nuestro planeta?

-Yo creo que las intenciones de los robots son sinceras.

-¿Hasta qué punto estaría usted dispuesta a afirmar eso?

-Si estuviera en mi mano tomar una decisión de este género, yo facilitaría a los robots todo cuanto piden.

-¿No es posible que usted haya sido víctima de un engaño, miss Hackney?

-A mi juicio es sencillamente absurdo atribuir a unas simples máquinas cualidades humanas como la doblez, la mentira y el engaño. Esos robots no son sino máquinas. ¿Quieren decirme para que habrían de querer unas máquinas atacar a la Tierra? ¿En qué mente cabe la idea de que un puñado de robots ambicionen nada de cuanto tenemos? Los robots no comen, no duermen, son insensibles a los goces físicos y sólo poseen una idea rudimentaria de la belleza. Nuestro planeta es para ellos apenas más atractivo de lo que podría ser el planeta Marte. Sin contar que ellos podrían desenvolverse perfectamente en un clima y un ambiente de las características de Marte, los robots son demasiado pocos para intentar la invasión de nuestro planeta.

-Sin embargo, no sabemos si los rangolitas no han enviado otras cosmonaves tripuladas por seres humanos, que acaso esperen a alguna distancia mientras sus máquinas robots, controladas a larga distancia, llevan a cabo una misión exploradora sondeando nuestros medios de combate y nuestra capacidad de resistencia.

Sharlot Hackney guardó silencio. Luego contestó:

-Realmente, no sé qué decirles a eso. Sin embargo, creo que no se perdería nada dando a los robots lo que piden para que puedan marcharse por donde vinieron.

-No, no haremos eso -dijo el general Galvins-. Sean cuales fueren los motivos que les trajeron aquí, no podemos dejarles marchar ahora. No sólo porque si les dejamos ir ellos podrán regresar cuando quieran, sino porque a bordo de esa cosmonave hay muchas cosas que necesitamos conocer a fondo. El sistema de que se sirven los robots para elevar esa gigantesca cosmonave, sus "rayos destructores", la alta técnica que se adivina en todo cuanto rodea y atañe a esos extraños muñecos de acero, son cosas que debemos investigar. La cosmonave de los robots tiene que ser capturada.

-Si vamos a atacar a la cosmonave, no podemos hacerlo mientras ésta no se aleje de Nueva York -apuntó el almirante Stracher.

-Los robots piden material fisionable para sus motores atómicos. ¿Por qué no llevarles con engaño hasta las regiones despobladas de Nevada, y atacarles allí con proyectiles dirigidos atómicos?

Mirando con horror a aquellos hombres que, en términos de la más fría premeditación, planeaban la destrucción de los robots, Sharlot Hackney protestó indignada:

-¡Pero ustedes no pueden hacer eso! ¿Por qué razón? Los robots no nos han causado ningún daño.

-No, si exceptuamos a los soldados y los policías que mataron en su incursión de ayer en la ciudad.

-No puede decirse que ellos iniciaran la provocación. Una de sus aeronaves fue derribada y capturada con todos sus tripulantes en el Canadá, cuando los robots iban en busca de alimentos para Graham, Thomas y para mí.

-¿Y qué nos dice de su presencia en Nueva York? ¿No fue una jactancia y un desafío venir a acuatizar con su cosmonave en el centro de la bahía de Nueva York? ¿Acaso no es cierto que quieren intimidarnos para que les proporcionemos el material fisionable que dicen necesitar con urgencia? ¿Y luego? ¿Qué nos exigirán después por el mismo sistema de intimidación y chantaje?

-Lo único que me atrevo a sugerir a ustedes es que esos robots fueron construidos por la Humanidad de Rangol para contener la agresión en cualquier punto donde estalle un brote de violencia. Si atacamos su cosmonave, su réplica puede ser tan atroz que nos haga arrepentimos de haberles provocado.

-Es una lástima que usted no pueda aportar datos concluyentes sobre esos medios de destrucción tan poderosos de los robots -dijo el General Galvins-. De todos modos le agradecemos mucho su colaboración. Puede usted retirarse, miss Hackney.

Poco después Sharlot Hackney abandonaba el edificio de las Naciones Unidas.

* * *

La tarde transcurrió tranquila. Al anochecer, la WRCA, emisora de radio de Nueva York lanzó un *"¡Atención cosmonave!"* y a continuación se nos pidió permiso para ser visitados por un helicóptero de la Marina en el cual venía un emisario del Gobierno norteamericano.

El permiso fue concedido y poco después, a la puesta del sol, el helicóptero de la Marina venía a posarse en una de las plataformas de vuelo que, a modo de grandes viseras, se extendían ante las esclusas por las cuales solíamos despachar nuestras propias aeronaves.

Dos hombres saltaron del aparato y fueron a hablar con el robot que nuestro "Duic" había designado para salir a recibirles. Los visitantes eran un oficial de Marina llamado Fords y un alto empleado de la refinería de petróleo de Richmond. Solicitaron entrevistarse con el "Duic".

Aunque hasta entonces ningún terrestre había sido recibido por nuestro "Duic", los emisarios recibieron el permiso para hacerlo en esta ocasión. Seguramente se sintieron decepcionados.

El oficial de Marina leyó ante el gran ojo del "Duic" un mensaje del

Gobierno. Según el escrito, el Gobierno norteamericano estaba dispuesto a acceder a las peticiones de los robots. Inmediatamente comenzaría el reaprovisionamiento de aceites lubrificantes desde la cercana factoría. Al día siguiente se embarcaría en la cosmonave una biblioteca completa conteniendo miles de volúmenes en los que estaba condensada toda la historia de la cultura y la civilización terrestre. Por último, la cosmonave se trasladaría a un lugar del estado de Nevada donde cargaría el material fisionable que con tanta insistencia habíamos solicitado.

El capitán Fords nos conduciría hasta Nevada, en tanto que el empleado de la factoría había venido para saber las características de los aceites por nosotros solicitados.

Aunque parecía que todo marchaba bien, en realidad habíamos caído en una trampa muy bien tendida. Primero nos darían aceites y libros. Cuando fuéramos a buscar el uranio, los torpedos atómicos caerían por sorpresa sobre nosotros y nos destrozarían. Esto era lo que los jefes militares americanos planeaban, pero nosotros lo ignorábamos en aquel momento.

Llevando una nota con las características de los aceites que necesitábamos, el empleado de la refinería regresó a tierra en el helicóptero, quedando con nosotros el capitán Fords como enlace.

Al filo de la medianoche, varias plataformas transbordadoras volaron sobre la bahía hasta la refinería de petróleo llevando casi un centenar de robots, los cuales se dedicaron a hacer rodar los barriles y a cargar éstos en las plataformas. Las plataformas, por control remoto, regresaban cargadas a la cosmonave, donde otro equipo de robots retiraba la carga.

A mí me correspondió permanecer a bordo junto al capitán Fords. Por lo tanto no pude ser espectador de lo que estaba ocurriendo en la factoría.

Varios tanques y tropas con cañones anticarro acordonaban la factoría por el lado de tierra, no se sabe si para impedir que nuestros robots escaparan cruzando la valla que rodeaba la refinería, o para que los curiosos que se iban reuniendo al otro lado de la cerca metálica vinieran a entorpecer nuestro trabajo.

De pronto se vio llegar un automóvil que fue a detenerse ante la puerta de acceso a través de la alta malla metálica. Esta puerta estaba guardada por un oficial y varios soldados armados de metralletas y "bazucas".

Una joven saltó del automóvil y se dirigió al oficial.

-Necesito entrar en la factoría.

-¿Trabaja usted aquí?-preguntó el oficial escrutando el bello rostro de la muchacha bajo la luz de los faroles de la entrada.

-Sí.

-¿Cómo se llama?

-Brigitte Todd.

-¿Trae algún documento acreditativo?

-No.

-Entonces tendré que llamar al guardián.

El oficial fue a llamar a través de la valla a un hombre que estaba al otro lado de la cerca junto a la puerta.

-¡Eh, amigo! Aquí hay una señorita que dice llamarse Brigitte Todd y que trabaja en esta factoría. ¿Quiere comprobar eso?

-¿Qué dice? -gruñó el hombre desde el otro lado de la cerca-. No conozco a ninguna Brigitte. Aquí no trabaja nadie que responda por ese nombre.

El oficial se volvió buscando a la señorita Todd. Esta se había alejado silenciosamente y subía a su automóvil, poniendo el motor en marcha.

-Oiga, joven...

El oficial iba hacia el automóvil cuando éste arrancó dando una sacudida hacia adelante. El oficial tuvo que apartarse para no ser arrollado por el coche, el cual se embaló yendo en derechura contra la puerta de la cerca.

— ¡Eh! ¿Se ha vuelto loca! -gritó el oficial cuando el automóvil pasaba junto a él.

Sharlot Hackney, que ella era quien pretendía hacerse pasar por una empleada de la factoría, embistió con su automóvil la cerca de acero poniendo en fuga al vigilante que se encontraba al otro lado.

Saltó el pasador de la cerca, la puerta se abrió con un crujido y el auto irrumpió en la explanada dirigiéndose al lugar donde los robots, bajo la admirada observadora de los capataces, hacían rodar los barriles cargándolos en las plataformas voladoras.

-¡Síganla, detengan a esa loca! -gritó el oficial a sus soldados.

Los soldados entraron a paso ligero en persecución del automóvil.

Sharlot Hackney detuvo el coche en seco, saltó a tierra y corrió en dirección a una de las plataformas que en este momento se elevaba cargada de barriles. Los soldados la persiguieron zigzagueando entre los barriles que rodaban y los robots ocupados en su trabajo. La chica llegó primero a la plataforma, a tiempo de saltar sobre ella y quedar echada de bruces, las esbeltas piernas moviéndose en el aire.

Los soldados llegaron y se detuvieron jadeando, viendo con ojos contritos cómo la plataforma que llevaba a la muchacha se elevaba para volar sobre el mar.

-¡Detengan esa plataforma! -chilló el oficial.

Pero nadie podía detener ya la plataforma, que era guiada por control remoto desde nuestra cosmonave. Minutos después la plataforma se introducía por una de las portas y venía a posarse sobre el piso de un hangar. Sharlot Hackney saltó de la plataforma y vino corriendo en mi

busca.

Yo me encontraba en compañía del capitán Fords en las mismas habitaciones que sirvieron para alojarla a ella. La muchacha entró corriendo y se detuvo jadeando al verme en compañía de Fords.

-¿Cómo está usted aquí, Sharlot?-le pregunté.

Fue entonces cuando la propia Sharlot me relató su accidentado regreso a nuestra cosmonave.

-¿Por qué no comunicó con nosotros por radio y habríamos ido a buscarla a la ciudad? -le pregunté.

Sharlot miró a Fords, arrugó el entrecejo y dijo:

-Porque no me lo permitieron. Tenían que impedir que yo viniera a hablar con ustedes, ¿comprende?

-No.

De nuevo la joven miró al capitán Fords. Vaciló unos instantes y luego dijo:

-No se fíen de ellos, Jim. Les preparan una traición.

Stefan Fords, que conocía todos los detalles de la trampa que nos habían preparado y se había ofrecido para el sacrificio, pereciendo cuando la cosmonave fuera destruida por las bombas atómicas norteamericanas, saltó violentamente hacia la muchacha.

-¡Traidora! -gritó.

Yo le retuve por un brazo obligándole a caer de rodillas ante mí.

-¿Qué significa esto? -pregunté.

Fords no contestó, pero Sharlot Hackney me relató su conversación con los altos jefes militares norteamericanos después que yo abandoné el edificio de las Naciones Unidas.

-¿Es eso cierto? -pregunté al capitán Fords retorciéndole el brazo.

El hombre dejó escapar un gemido de dolor, pero no pronunció palabra. Sharlot expresó en sus ojos el temor de que pudiera causarle daño a Fords.

-Tenga cuidado, Jim, por favor. Puede romperle el brazo al capitán sin proponérselo. Usted tiene mucha fuerza... -de pronto la muchacha se echó a llorar.

Yo nunca había visto llorar a una mujer. Jamás podré explicar lo que sentí, pero solté a Fords y me retiré un paso sintiéndome culpable de algo que me rebajaba a los ojos de Sharlot.

-¡Traidora! -rugió Fords incorporándose-. ¡Debió cortarse la lengua antes que venir a decir eso! Su puesto está con los suyos, no al lado de estas inmundas máquinas.

-Usted no querrá creerme -dijo Sharlot retorciéndose las manos, mirando al capitán a través de sus lágrimas- pero lo único que pretendo es que estas máquinas no nos destrocen, como ocurriría si por querer apoderarnos de sus secretos les atacásemos con bombas atómicas.

-¿Qué sabe usted de lo que ellos son capaces? -chilló Fords.

La muchacha no contestó y yo lo hice por ella.

-Su insensata idea de derribar nuestra cosmonave sobre los Estados Unidos jamás habría podido conseguirse, capitán Fords. Tenemos medios no sólo para defendernos de cualquier agresión, sino también para lanzar contra los Estados Unidos tal ataque de represalia que este país quedaría completamente aniquilado.

Impresionado, el capitán Fords me miró a los ojos sin pronunciar palabra.

-El aviso de la señorita Hackney era innecesario, pues nosotros jamás habríamos descuidado la vigilancia hasta encontrarnos lejos de la Tierra. Tiene sin embargo el mérito de la espontaneidad, no sólo por lo que atañe a nosotros, sino porque en realidad he querido salvar al pueblo de los Estados Unidos, y lo ha salvado. Juzgando con justicia, el pueblo americano no merece ser sacrificado por la insensatez de unos locos desconocedores de nuestro poder.

-Diga usted que no, yo estoy seguro que sin la traición de la señorita Hackney habríamos logrado derribarles sobre el desierto de Nevada. La señorita Hackney les ha salvado a ustedes. Veremos luego quién es capaz de salvarla a ella. El delito de alta traición puede castigarse en determinados casos con la muerte.

-No, ustedes no harán eso con la señorita Hackney. No sería justo. Y si para demostrarles que están equivocados es necesario aniquilar la ciudad entera de Nueva York...

- ¡No, Dios mío! -protestó Sharlot-. Los robots no deben hacer eso. No importa lo que luego hagan conmigo. Ante mi conciencia he obrado como debía. Dios me juzgará en último extremo.

Miré al capitán Fords y a Sharlot Hackney. Luego les dejé para ir a contarle al "duic" cuanto acababa de saber.

CAPÍTULO IX

Después de pensar un rato, el "duic" habló y dijo:

-Es evidente que los terrestres nunca nos darán combustible radiactivo para nuestros motores atómicos. Sólo arrancándoselo a la fuerza podríamos obtenerlo, pero los robots jamás provocarán una guerra. Buscaremos el rádium en los planetas vecinos con los medios propios de que disponemos. Ya tenemos el aceite lubricante y sólo nos faltan los libros que hablan de la historia de la civilización terrestre. Pero esos libros no pueden conseguirse en ninguna otra parte. Por lo tanto iremos a buscarlos a Nueva York.

El acuerdo con las autoridades americanas estipulaba que los libros nos serían entregados en el curso del nuevo día que comenzaba, pero yo tenía mis dudas de que esto llegase a realizarse.

Si los americanos averiguaban que Sharlot Hackney estaba a bordo de la cosmonave, probablemente recelarían alguna delación de la joven y suspenderían el cumplimiento de los acuerdos. No podíamos confiar en el capitán Fords para mantener a los militares americanos en la creencia de que ignorábamos sus traicioneros planes.

En realidad los americanos descubrieron en seguida que Sharlot Hackney y la joven que en la factoría burló a los soldados eran la misma persona. De aquí a recelar que la muchacha hubiese descubierto sus ocultos planes no mediaba más que un paso, pero los americanos se callaron muy astutamente y nos dejaron creer que a nuestra vez les estábamos engañando.

Las autoridades americanas tomaron inmediatamente sus medidas para jugar su última carta intentando apoderarse de nuestra cosmonave allí mismo, es decir, en Nueva York.

Al amanecer, las tropas de asalto que venían hacia la ciudad estaban cruzándose con largas caravanas de automóviles en los que eran evacuados los últimos millares de neoyorquinos que quedaban en la ciudad. Los mismos camiones que trajeron las primeras tropas colaboraron en esta rápida y silenciosa evacuación, la cual se diferenciaba de la precipitada fuga de días anteriores por el orden que reinaba en ella.

Mientras las tropas y los tanques llegaban a Nueva York por el Norte y el Oeste, muy cerca de nosotros, en la base de la Armada en Brooklyn, la Infantería de Marina preparaba los lanchones de desembarco y los helicópteros para el asalto. Ocultos cañones, entre ellos algunas baterías de cañones atómicos, estaban apuntados sobre nosotros ocultos en los pliegues del terreno en Nueva Jersey y la isla de Richmond.

Al amanecer habíamos terminado el transbordo de los barriles de aceite. Nuestro "radar" había estado siguiendo el movimiento de los camiones y

tanques en las carreteras que conducían a la ciudad durante las horas de oscuridad.

A la salida del sol había cesado toda actividad. Reinaba una extraña paz y un silencio irreal a nuestro alrededor. Sólo un par de cámaras de televisión seguían apuntadas sobre nosotros, y el entusiasmo y la agitación de los locutores habían quedado reducidos a nada. Las cámaras no nos dejaban un momento, pero se sucedían largos espacios de silencio.

A las nueve nos comunicaron por radio que podíamos ir a la ciudad con nuestros transbordadores en busca de los libros. Me correspondió dirigir esta operación en la que iban a tomar parte una centuria de robots que utilizarían 20 plataformas transbordadoras para el transporte de los millares de volúmenes de la biblioteca municipal de Nueva York.

Obrando esta vez por cuenta propia, fue en busca de Sharlot Hackney y el capitán Fords.

-Vamos a desembarcar -dije-. A menos que quieran venir con nosotros a Marte, más les valdría acompañarme a la ciudad. Probablemente luego no tendremos tiempo para ocuparnos de ustedes.

-¿Qué significa eso de ir a Marte? -preguntó Fords-. ¿Acaso tienen allí el grueso de sus fuerzas esperando la hora de la invasión?

-Jamás ha existido esa fuerza de desembarco e invasión que ustedes se empeñan en imaginar, señor Fords. Si nos dirigimos a Marte es solamente para buscar allí el uranio que ustedes se niegan a facilitarnos.

-¿Hay uranio en Marte? -preguntó la señorita Hackney.

-No lo sabemos. La exploración del planeta nos llevará algún tiempo, pero si hay uranio en Marte lo encontraremos.

-¿Y si no lo encuentran?

-Nuestra cosmonave cuenta con medios propios para la búsqueda, extracción y preparación del uranio en forma adecuada para la combustión de nuestras pilas atómicas. Ustedes no creerán que una cosmonave que se aventura en el espacio para realizar un viaje de varios siglos, se entrega a la eventualidad de no encontrar un mundo habitado en el cual una Humanidad semejante a la nuestra haya progresado alcanzando un grado de desarrollo técnico que la capacite para conocer el uranio y sus aplicaciones en la desintegración del átomo. No podíamos confiarnos a este azar.

-Es un alivio saberlo - murmuró la señorita Hackney-. Si por sus propios medios pueden proveerse de uranio en cualquier otra parte, nada les impide marchar tan pronto hayan tomado a bordo la biblioteca.

-Nuestra partida puede ser tan precipitada que no tengamos tiempo de despedirnos. Despidámonos ahora -dije.

-Le acompañaré a la ciudad. Allí nos despediremos -dijo la chica.

Miré al capitán Fords.

-Está bien -dijo el oficial resignándose con un suspiro-. Vamos.

En el hangar donde fuimos a tomar la plataforma transbordadora unos robots estaban entregando fusiles de "luz sólida" a los que íbamos a desembarcar. Yo tomé uno de aquellos fusiles.

-¡Hola! ¿Van a ir armados esta vez? -dijo el capitán Fords con desconfianza.

-Ustedes también lo están. Toda la noche han estado llegando tanques y cañones. Sus armas nos rodean en este instante. Todavía podría usted prestar un servicio valioso a sus compatriotas.

-¿Sí? ¿Qué clase de favor?

-Decir a sus amigos que más les valiera no abrir fuego contra nosotros con sus cañones. Si ellos disparan, nosotros contestaremos a su fuego. No tendremos más remedio que hacerlo. Así está ordenado por el Hombre.

Fords no dijo "sí" ni "no". Simplemente, se mordió los labios y guardó silencio.

Montamos en la plataforma transbordadora con otros cinco robots.

La plataforma se elevó unos centímetros, se deslizó a ras del piso del hangar y salió por la puerta flotando en el aire sobre las aguas de la bahía.

Por otras puertas salieron más plataformas que se dirigieron en línea recta a Manhattan. Sobre cada plataforma viajan cinco robots armados de fusiles. Me pregunté en qué momento los cañones empezarían a disparar sobre nosotros y si se atreverían a hacerlo.

Un ser humano habría sabido la contestación a esta pregunta, pero una máquina como yo no podía estar en el pensamiento humano y adivinar las reacciones propias de éste. Nuestra plataforma pasó sobre los muelles y fue a posarse suavemente en el césped del parque. Las demás plataformas aterrizaron a nuestro alrededor.

-Creo que deberíamos despedirnos ahora -dije.

-Les serviré de guía hasta la Biblioteca -dijo Sharlot Hackney.

Este fue el momento que los soldados escogieron para abrir fuego sobre nosotros.

Una bala de cañón silbó rasgando el aire sobre nuestras cabezas antes que oyéramos el estampido del arma que lo disparó. El proyectil cayó unos metros más adelante sobre una plataforma transbordadora que acababa de tomar tierra.

Vi cómo saltaba la plataforma en mitad de un fogonazo y cómo los robots que la tripulaban caían destrozados.

-¡Fuego de artillería! ¡Estamos perdidos! -gritó el capitán arrojándose al suelo.

Sharlot se quedó de pie mirándome con sus grandes y asustados ojos. Los proyectiles empezaron a caer con estruendo sobre el parque levantando grandes surtidores de polvo y de llamas entre los que corrían nuestros robots. Empujé a la muchacha y me dejé caer de lado en el césped junto a

ella.

Los tiros venían de Nueva Jersey, al otro lado del río Hudson.

-Póngase detrás de mí, Sharlot. En todo caso, mi cuerpo le servirá de escudo.

-¡Vámonos, es una locura permanecer aquí! -gritó la chica.

-Espere.

Las granadas seguían cayendo aquí y allá con tremendo estruendo. Los cañones estaban disparando también contra nuestra cosmonave. Vi cómo los proyectiles estallaban sobre la gigantesca esfera, pero confié en que el grosor de nuestras planchas de acero los detendrían. La respuesta de nuestras defensas no se haría esperar...

Y no nos hizo esperar.

De pronto se vio cruzar el espacio en todas direcciones, apuntando hacia las baterías, centenares de barras luminosas que se movían entrecruzándose unas con otras. Eran rayos de "luz sólida". Al mismo tiempo abrieron fuego nuestros cañones atómicos.

Potentes explosiones resonaron haciendo temblar el piso. Grandes nubes de humo se levantaron de la tierra al otro lado del río. Luego vimos nuestros cohetes cruzando raudos el espacio en busca de las ocultas baterías.

Por espacio de cinco largos minutos, nuestra cosmonave vomitó rayos y proyectiles por todas sus bocas de fuego. El aire parecía desgarrado por el estruendo de las explosiones y la tierra temblaba debajo de mí.

De pronto se hizo el silencio, un silencio fantástico, irreal. Las baterías americanas ya no disparaban. Todas habían sido destruidas. Grandes nubes de humo se levantaban formando una densa cortina que ocultaba en parte las orillas de la bahía. Veíamos brotar llamas de los incendios en los muelles.

-¿Se encuentra usted bien, miss Hackney? -pregunté.

La aterrada muchacha se puso de rodillas a mi lado.

-¿Qué ha ocurrido?

-Nada. Hemos aplastado todas las armas terrícolas que disparaban contra nosotros.

Se escuchó en esto un ronquido de motores.

-¡Tanques! -exclamó el capitán Fords con alegría-. ¡Ahora verán lo que es bueno!

Los tanques venían desde las calles a nuestras espaldas y formaban al parecer un cinturón de acero que se estrechaba al converger en el parque amenazando con aplastarnos. Los robots se levantaban aquí y allá prestándose mutua ayuda. Más de la mitad habían quedado destrozados por el certero fuego de la artillería.

Lancé un silbido. Uno de mis compañeros vino y me tendió una mano

ayudándome a levantarme.

-Sharlot, y usted, Fords. Retrocedan hacia el muelle. Allí estarán más seguros.

-¡No, quiero estar junto a usted! -protestó la muchacha.

-Fords, llévesela.

El capitán cogió a la muchacha por la mano y echó a correr en dirección opuesta a la que llegaban los tanques.

Una máquina nunca desiste de la empresa que se le ha encomendado. Todavía nos quedaban algunas plataformas en buen uso.

-Continuemos -dije a mis robots-. Que las plataformas nos sigan detrás.

Avanzamos empuñando nuestros fusiles de luz sólida, esquivando los grandes embudos que la artillería había abierto en el suelo y, en ocasiones, también los restos de algún robot destrozado que nos mostraba su máquina interior a través de los grandes agujeros de bordes afilados de sus carrocerías.

Al llegar al extremo del parque nos encontramos de frente con los grandes y pesados tanques que ocupaban todos los accesos a las calles inmediatas.

Los tanques abrieron fuego con sus cañones, en tanto que sus ametralladoras barrían el aire segando los setos, destrozando farolas y haciendo saltar los cristales de los automóviles allí abandonados. Por detrás de los tanques vimos avanzar a los infantes con aquellos tubos lanzacohetes tan peligrosos llamados "bazucas".

Los robots abrimos fuego con nuestros fusiles de luz sólida.

Cuando uno de nuestros rayos acertaba al tanque, y él acertaba casi siempre, el rayo atravesaba de parte a parte la pesada máquina abriendo un redondo agujero de entrada que se correspondía con el otro agujero de salida. Nada es capaz de detener al rayo de luz sólida.

Los tanques, cuando no se detenían, estallaban como bombas envolviéndose en llamas y espesas nubes de humo. En muy poco tiempo dimos cuenta de los tanques, aunque éstos todavía lograron despedazar algunos robots con sus grandes granadas. Los soldados retrocedieron al amparo del humo ocultándose en los portales de las casas.

-¡Adelante!

Seguimos avanzando. Las balas que silbaban por todas partes no nos causaban daño alguno, rebotando en la fuerte plancha de nuestras corazas. Pero los proyectiles cohete de los "bazucas" eran muy peligrosos.

A mi lado, un robot encajó una de aquellas granadas. Se vio saltar por el aire la cabeza del robot. De su pecho abierto salieron tornillos y ruedas dentadas como por la boca de un cráter. Quedó en el asfalto convertido en un montón de chatarra humeante.

Peor que las granadas cohete de los soldados eran sin embargo nuestros

impactos de luz sólida que atravesaban las corazas de los tanques y los quicios de los portales tras los cuales se guarecían los soldados.

Rompimos con ímpetu el cinturón de soldados y avanzamos disparando hasta la City Hall. El edificio, de cuya biblioteca nos proponíamos tomar cuantos libros hubiera, estaba cerca del parque. ¡Con todo, al llegar allí habíamos sufrido tan cuantiosas bajas que hube de utilizar mi transmisor de radio y pedir a la cosmonave que enviara aeronaves en vez de plataformas transbordadoras.

Mientras tanto, el "radar" de la cosmonave seguía registrando el espacio a la busca de los aviones que intentaban acercarse. El alcance de nuestros cañones de luz sólida es prácticamente ilimitado en el espacio. En tierra no tiene más limitación que la esfericidad del planeta. Sin embargo, desde 2.000 metros de altura, los cañones de nuestra cosmonave alcanzaban un radio tan grande que prácticamente impedían despegar a los aviones situados en bases a mil kilómetros de distancia.

Repetidamente la aviación intentó lanzar proyectiles dirigidos "aire-tierra" contra nuestra cosmonave. Todos fueron destruidos en el aire a gran distancia.

Mis robots, trabajando aprisa e incansablemente, sacaban toneladas de libros de la biblioteca y los amontonaban en el interior de nuestras aeronaves. La tarea iba de remate cuando de pronto vi llegar a Sharlot Hackney.

-¿Qué hace usted aquí? -le pregunté.

-Temí que si no venía a buscarle no le volvería a ver.

Esto era cierto. No me había olvidado de ella, pero estimaba inútil buscarla para despedirme con esa palabra sacramental de los terrícolas: *"Adiós"*. No sólo éramos seres de distintos mundos, sino tan diferentes uno de otro como sólo podían serlo un ser humano y una máquina robot.

-¿Van a marcharse en seguida? -me preguntó.

-Sí.

-¿A Marte?

-A Marte primero. Luego de regreso a Rangol.

Ella guardaba silencio viendo cómo nuestros robots entraban y salían apresuradamente en la City Hall.

-Jim, lléveme con usted.

Creí haber interpretado mal sus palabras, cosa que en una máquina electrónica no ocurre jamás.

-¡Oh, lléveme con usted! -repitió Sharlot asiéndose a una de mis manos de acero.

-¿Qué ocurre? ¿Teme al castigo de sus semejantes por habernos indicado sus planes respecto a la captura de nuestra cosmonave?

-No se trata de eso.

-¿Por qué quiere venir conmigo? ¡No puedo llevarla, trate de comprender! Nuestra cosmonave no es apta para una tripulación humana. Carecemos de provisiones y oxígeno para tan largo viaje. Y luego..., usted no llegaría jamás a Rangol. Envejecería y moriría de vieja mucho antes de haber cubierto una décima parte de nuestra larga ruta.

-Jim, no sé cómo explicarle lo que siento. Una mujer no puede enamorarse de una máquina, ¿verdad? Sin embargo, lo que yo siento por usted, es lo que más puede aproximarse al amor. Su bondad, su rectitud, su estricto concepto de la justicia y tantas cosas...

-Señorita Hackney, ninguna de esas virtudes me pertenecen en realidad. Soy como soy porque el Hombre de Rangol me hizo así. Lo que usted aprecia y elogia en mí es como el eco del espíritu de los hombres que me crearon, la sombra de un ser superior a nosotros los robots que se prolonga a través de la distancia y el tiempo para traer un saludo fraternal a la Humanidad terrestre. Desgraciadamente el Hombre de la Tierra no lo ha comprendido así. Sólo usted entre tantos millones, acaso porque ha tenido la oportunidad de conocernos de cerca, ha podido apreciar esas virtudes por las que se siente atraída. Si todos los terrestres nos hubieran tratado, ese mismo amor suyo repetido en cada corazón humano habría sido el mejor premio para los robots a la hora de partir de regreso a su mundo de origen. No ha sido así. Es una desgracia.

-¿Por qué no se queda usted al menos? ¿No cree que merezcamos una segunda oportunidad de conocerles mejor?

-No puedo quedarme, Sharlot. Como una simple máquina formo parte de un complejo mecanismo, separado del cual no sería nada ni podría seguir viviendo. Si nuestra cosmonave estallase ahora mismo, en el mismo instante todos los robots pereceríamos. No, no es posible quedarme, porque apenas la cosmonave partiese yo no sería nada... sólo un montón de válvulas, engranajes y tornillos que no serviría para nada.

-¿Entonces, es irremisible la separación? -murmuró la joven con los ojos arrasados en lágrimas.

-Sí.

El último robot salía de la biblioteca y anunció:

-Ya no queda nada.

-Subid a las naves y regresad a bordo -ordené. Miré de nuevo a la afligida Sharlot-. Adiós, señorita Hackney.

-¿Me permite al menos... que le dé un beso?

Este deseo de la chica era incomprensible para mí. Un robot no puede sentir emoción en ese acto ingenuo de depositar un beso sobre una insensible plancha de frío acero. Pero accedí. Incliné la cabeza y ella me besó en la parte correspondiente a la mejilla.

-Adiós, Jim -me dijo emocionada.

Me alejé y pasé por la rampa al interior de la aeronave que me esperaba. Al mirarla por última vez ella agitó su delicada manita. La puerta se cerró y la adorable imagen de la Mujer desapareció para siempre ante los ojos de este pobre robot.

Diez minutos después nuestra cosmonave se elevaba y se remontaba en el cielo. La Tierra quedaba allá abajo, y en ella Sharlot Hackney, la mujer de quien un robot estuvo a punto de enamorarse.

FIN

Hasta que aquella noticia corrió a lo largo y a lo ancho del Universo, nadie conocía, ni había oído hablar del "Betanio, 65".

Pero, desde aquel momento, ese nombre arrastró tras de él un cortejo de crueldad, destrucción y muerte.

LA FIEBRE DEL BETANIO

Es la historia, llena de vida, de la gran conmoción que representó para el Universo el descubrimiento, en el planeta Sagitar, del mineral más energético de todos los conocidos: el "Betanio, 65".

J. SCOTT BARRY

Uno de los más interesantes novelistas de la literatura emocional, nos ofrece otra de sus grandes creaciones

LA FIEBRE DEL BETANIO

Se publicará en el próximo número de la extraordinaria y popular colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 7 pesetas.

Distr. en Argentina por ALFIL, S. A. Maipú, 924. Bs. As.